

100 Colección de la Biblioteca  
VETILIO ARREDONDO.

# LESBIA.

DRAMA EN TRES ACTOS.

SANTO DOMINGO.  
IMPRESA  
LA CUNA DE AMERICA.  
VIUDA DE ROQUES Y CIA.  
1910.



1.35

LESBIA.

33509-10

BNPH4  
PO-RU  
RD 862.4  
A 7741

PHILADELPHIA



59

VETILIO ARREDONDO.

# LESBIA.

DRAMA EN TRES ACTOS.

B  
C. Larrazabal

26. III. 45-  
L.D.

SANTO DOMINGO.

Imp. La Cuna de América.—Vda. de Roques y Ca.

1910.

librería





BN  
RD862.4  
A774 L

862.4  
A774L

## PERSONAJES:

LESBIA

CLARA,

BERTA,

ANTONIA,

LUIS,

ALFREDO

PEPE.

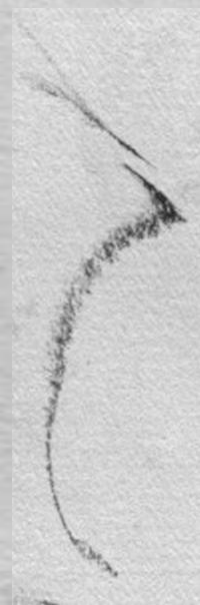
DR. RIOS,

CRIADOS, ETC.

015902



BN  
PILU





## PRÓLOGO.

No quise solicitar padrinos que bautizaran mis dramas. Jamás busqué quien me alabara; y he sido tan sumamente descortés con los que me han alentado, que ni siquiera respondí las gratas y honradas misivas recibidas.

Comprendo que es incorrecto y censurable no agradecer las frases vertidas para ensalzar trabajos económicos, jurídicos ó literarios; mas soy tan enemigo, por temperamento, de lisonjas, por espontáneas que sean, que en vez de enorgullecerme y darles publicidad, como estilan algunos escritores, lo que hago es silenciarlas, y llevar mi escrupulosidad hasta el extremo de no contestar á las cultas y bondadosas personas que se han dignado encomiarme.

Como eso es el colmo de la ingratitude é incorrección, aprovecho esta coyuntura, la de tener que prologar esta obrita, para pedir excusas á mis amables amigos alentadores; á los que han querido noblemente estimularme con sus felicitaciones galantes y acaso sinceras, que es lo más apreciable y satisfactorio. Quiero ahora convencerlos de que no es por desidia ni por altivez que no he dado gracias oportunamente. Para que se comprenda bien como soy yo, repito que no ando á caza de bombos; que me molestan; que siento más bien pena y vergüenza que satisfacción. No es fingida, sino real, esta modestia innata, y que constituye mi fondo moral.

Yo nunca estoy contento ni convencido de la bondad de mis producciones. Si insisto es porque algo me incita siempre, me hurga constantemente á laborar. Es tan decidida mi afición á la literatura, que arrollando obstáculos poderosos como la timidez y poca fé, se lanza, empero, á espaciarse, aunque el artífice mismo quede descontento é inconforme con las travesuras de su infeliz ingenio.

No quiero argumentar más á este respecto. Con lo dicho paréceme que los jueces imparciales podrán conocerme un poco, y explicarse la anomalía de producir sabiendo que casi no gozo con los desdichados enjendros de mi imaginación.

Cuando los vicios se arraigan difícilmente pueden extirparse. Los que adquieren el hábito de *escribir*

no pueden renunciar á ello, apesar de los molimientos y graves caídas sufridas en tan dolorosa viacrucis.

Paso, pues, á otras cosas, con perdón del pío lector.

Cuando en el Casino de la Juventud se trató de organizar un «Cuadro Artístico», con el propósito de representarse obras nacionales, me entusiasmé tanto con ese culto proyecto que al punto me prometí coadyuvar. Con rapidez y constancia me puse á laborar, y pronto ví cristalizada mi faena. Como aquí todo lo bueno y útil fenece, apenas nace, no prosperó el plan de la fundación del teatro. Tal idea feliz tuvo la virtualidad de estimularme lo bastante para lanzarme á cultivar el campo dramático.

Nada aguza y obliga más á la diligencia, como ese motor poderoso llamado *amor propio*.

No estoy, pues, pesaroso de mi atrevimiento. Aunque resulten insulsos y fríos mis dramas, siempre me será grato recordar los momentos emocionantes y febriles de la jstación. Cuando se entrega uno á crear algo extenso, el cerebro se mantiene excitado, en vijilia constante, y son múltiples y variadas las sensaciones que se experimentan durante tan augusta función. Tuve vértigos, conmociones y escalofríos en los momentos de la concepción, y todo eso compensa largamente el empeño literario.

No puedo negar ahora que ciertamente se goza mucho cuando nos entregamos con alma y vida á

enjendrar; por eso se soportan heroicamente las miserias y los ataques fieros de la crítica demoledora; por eso el que se consagra á ser artífice no le hacen mella las punzadoras espinas de la maldad y de la intriga aunadas para acibarar los triunfos presentes ó los futuros.

Explico lo que me llevó á dramatizar, sin haberlo nunca ensayado, y casi á escape, para que se sepa que tal labor no fué obra de la vanidad, sino hija del entusiasmo y contentamiento que se apoderaron de mi espíritu al oír y *creer* que tendríamos teatro propio. Fué un sueño tan grande y hermoso que centuplicó mis energías y potencias cerebrales. Aunque no cuajara tal iniciativa meritoria y progresista me sirvió de acicate eficaz y pródigo. Mis dramas pobres y desmañados surjieron merced á la sacudida que hizo en mi organismo tan fausta noticia.

Como soy asaz impresionable y optimista, me figuré ver á nuestros artistas declamando piezas nacionales, y quise ser de los primeros en ofrendar primicias teatrales.

Juro que ese fué el móvil único que me impulsó á ser dramaturgo improvisado, y lo aduzco para que haya más orientación al juzgárseme.

Otro motivo me decidió á dar cima á mi tarea árdua y espinosa, y la expondré, también, para alivio de mi conciencia. Aunque hay aquí muchos literatos que gozan de cierta fama, producen poco ó casi



nada. De cuando en vez es que aparece un tomo de versos en que campean gallardías, en que se dan notaciones de facilidad poética, pero el conjunto de composiciones resulta un contingente pobre, escaso, por desidia de sus autores, que no quieren, por lo visto, hacer grandes esfuerzos intelectuales.

Yo creo que hay en nuestro país la inspiración y talentos necesarios para brindar obras bellas y extensas, de alcance y alientos. Lo difícil es que se emprendan, porque ó falta perseverancia, ó el vigor en los que se dedican á las letras. Como soy de la falange de los perezosos y tardos quise ahora reaccionar, y ver si lograba, con mi ejemplo, emular á los demás. Aseguro que esta otra causa generatriz me dió ánimo para convertir en realidad palpable y visible los dramas argumentados y esbozados ya, pero no desarrollados ni concluidos. Si los finalicé, con constancia y firmeza de voluntad, fué porque me dije que mi laboriosidad indiscutible y enderezada á un jénero literario tan escabroso y ocasionado á inevitables fracasos, aun para verdaderos ingenios, tendría, al fin, que dar seguros frutos; porque muchos me secundarían con decisión y bríos, sobre todo al comparar la escasez de mis facultades creadoras y medirlas con las suyas, que reconozco superiores, por todo concepto.

Me he propuesto, lo asevero, *estimular* á la multitud de compañeros que vejetan en la inercia; que

desdeñan ofrecer muestras positivas de capacidad y de amor á los esparcimientos mentales.

¿Me equivocaré lastimosamente? Seguirá la apatía actual, tan bochornosa é infecunda, que nos deja rezagados, si se coteja nuestra escasísima labor con la de otros pueblos latinos?

Aún á trueque de que se pongan motes deprimentes, á mis partos, no desisto ni desistiré de producir; porque creo que es honrar la Patria publicar obras, por defectuosas que sean.

Tengo entendido y así lo manifiesto paladinamente, que no se deben temer las críticas mordaces y despiadadas. Por lo común la mayoría de los censores literarios son verdaderos zánganos, porque raras veces crean. Hay que despreciar sus ataques apasionados y algo egoístas, ya que demuestran casi siempre la rabia de su impotencia creadora. Los que algo enjendran, aunque sean hijos tuertos y flácidos sienten, en cambio, natural benevolencia por las producciones ajenas, y pueden sentir y pensar mejor, con más honradez y veracidad.

También voy á agregar algo más. Aunque hay quienes crean que el arte debe limitarse á finalidades puramente estéticas, soy de los que opinan en sentido adverso. Me parece que toda obra, aunque tenga por norma lo bello primordialmente ha de ser docente á la vez.

No es útil rendir culto á las formas solamente.



Hay que aunar á ellas algo provechoso, algo sustancial que perdure, que instruya al par que deleite.

En el drama y en la novela se pueden desarrollar tesis importantes, vitales, al amparo de un léxico musical y pictórico. Se debe recurrir á las armonías y recursos que el lenguaje bien manejado facilita á los doctos cultivadores; pero conjuntamente con el ejercicio artístico de tan poderoso instrumento de expresión de ideas, hay que involucrar algo razonable y práctico; algo que prenda en las muchedumbres de lectores y dé frutos sazonados. Hoy los grandes novelistas y dramaturgos emprenden verdaderas campañas jurídicas, religiosas, y sobre todo sociales, para destruir prejuicios, ó para reformar costumbres relajadas.

Yo he querido seguir esos rumbos, aunque por la festinación ya expresada más arriba, no tuve tiempo moral para ser más preciso y explícito. Empero sí tuve cuidado en que hubiera un fin ó propósito en mis dramas. Por eso aparece castigado una infeliz coqueta que ciertamente no quebrantó la fidelidad conyugal. Me propuse igualmente que fuera nuestro medio donde ocurrieran los hechos que dan vida á mis fábulas, y en las citas hechas se vé claramente que es nuestro país el generador de tales enredos ó tramas imaginadas.

En el intitulado «María» toco expresamente la cuestión política que tantos percances y desgracias

ha acarreado. Es una pintura del espíritu belicoso y revolucionario que albergan y despliegan casi todos los que pomposamente se llaman *políticos*, sin ideales verdaderamente patrióticos y enaltecedores. . .

No creo que estemos, todavía, en condiciones de fundar literatura propia, como pretenden algunos hablistas sur-americanos. Lo que sí creo justo y pertinente es que en todo tratemos de copiar el medio ambiente en que nos movemos, infiltrando algo local en los asuntos tratados; porque no hay sociedad humana que no tenga costumbres ó usos característicos; que no posea modismos ó *cosas* que se diferencien de las de otros que comparten el dominio del mundo.

Por la premura que he argüido ya no pude incluir todo eso, fines docentes y sabor local en mis ensayos dramáticos. Como pienso volver á las andadas, es decir, á crear, mientras goze de salud, tendré especial esmero en poner á contribución tan poderosos y eficaces coeficientes.

Al terminar, lo que suplico, encarecidamente, es que críticos y no críticos me imiten, y rivalizen conmigo en laboriosidad; que todos, dejando á un lado temores pueriles, y esa indolencia fatal, asesina, produzcan mucho para honrar la Patria, y con el fin de educar, también, á las masas. Otra advertencia reputo oportuna. Todo autor antes de dar publicidad á su obra la retoca y pule con exceso, para que



salga lo más perfecta posible. No he cumplimentado cánón tan prudentísimo y previsor, y así me expongo á que haya múltiples y feos lunares en ésta.

Acepto la responsabilidad que me cabe por mi incuria y poca paciencia.

Lo que puede excusarme, ó temperar los cargos es que siento repugnancia invencible á la tarea del retoque; y además es como una profanación aliñar, revestir con nuevas y vistosas vestimentas á los hijos nacidos espontaneamente. Es más piadoso y natural dejarlos tales como surjieron; con el primitivo ropaje que tomaron al encarnarse.

Está bien que Flaubert, Balzac y otros grandes escritores emplearan doce y veinte años perfeccionando sus creaciones, porque aspiraban á ser príncipes literarios. No ambiciono supremacías de ningún género y por eso no consagro ni consagraré tanto tiempo á «limar cachorros». Sí reconozco, necesariamente, que es forzoso laborar mucho y afanosamente, para producirse una obra maestra, ó que satisfaga á la mayoría de los intelectuales.

Todo lo argüido es para ilustrar al lector y sobre todo para que se convenza plenamente de mi sinceridad.

EL AUTOR.





# LESBIA.

## DRAMA EN TRES ACTOS.

---

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

LESBIA, *sóla, y en un salón pobremente adornado, pero con cierto gusto.*

Qué suerte la mía! Mientras hay tantas por ahí ensayando mil medios para rendir corazones, recibo yo pruebas inequívocas de adoración, á cada rato, sin empeñarme gran cosa, pues mas bien finjo rehuir impertinentes declaraciones. Qué encontrarán en mí los hombres que tan fácilmente se apasionan? No soy belleza clásica ni poseo exquisita elegancia para despertar afectos tan repentinos y vehementes. (*Pausa*). Será mi innata astucia

la que logra cautivar á los que se me acercan con la intención de embaucarme, con finjidas protestas de fidelidad, sin advertir que después quedan vencidos, realmente, y á merced mía? (*Pausa*). Pues si son mis sutilezas y mi perspicacia poco común las que me han hecho obtener tantas conquistas, dignas de envanecer á casquivanas, bueno es seguir poniéndolas en juego para descubrir quién es el que más me conviene como compañero eterno. Dejaré sensiblerías á un lado, y me casaré con el que comprenda que me ama más. (*Pausa*). De todos mis pretendientes ninguno tan asiduo como Luis. Su cultura es vasta, su fortuna la de un Crespo. No tiene vicios, y me parece que podría ser modelo de maridos. (*Se sonríe burlonamente*). (*Pausa*). Qué importa que sus rivales le excedan en juventud, en belleza varonil, y que brillen, más que él, en los salones y sports? (*Pausa*). Decididamente le daré el sí y mandaré á paseo á los otros pretendientes. (*Pausa*). Pero no se reirán de mí al verme en brazos del desdichado Luis? Es tan feo y desgarrado, el pobrecito, que

inspira lástima. (*Pausa más larga aun*). Realmente lo que debemos las mujeres es asegurar el porvenir, casándonos con quien aporte dinero, mucho dinero. Cier- to que ésto es lo más cuerdo y práctico; pero también es terrible sacrificarse has- ta el extremo de apechugar con un próji- mo poco agradable; que cause hilaridad ó repugnancia visible su triste figura. (*Pau- sa*). Lo mejor es no precipitarnos todavía y seguir, como hasta ahora, regalando mi oído con tantas galanterías como las que me prodigan mis admiradores.

## ESCENA SEGUNDA.

La misma y los hermanos Clara y Pepe.

CLARA Y PEPE, (*á un tiempo*).

Buenas noches!

LESBIA.

Bienvenidos! Saben ustedes lo grato que me es su arribo á esta humilde morada.

CLARA.

Se me ocurrió entrar para dar un beso á la más querida de mis amigas. . .

PEPE, (*casi interrumpiéndola*).

Y yo para contemplar la flor más preciosa del pensil quisqueyano.

LESBIA.

Agradezco, en el alma, el afecto de ustedes. Dejémonos, empero, de cumplimientos y discreteos para charlar mejor acerca de las nuevas noticias que circulan por ahí.

CLARA.

Comienza tú que posees mejores fuentes de información. ¡Son tantas tus amistades! (*Con cierta sorna*).

LESBIA, (*casi indignada*).

¿A mí con ironías? No tengo la culpa de que algunos *tontos* (*con dureza de entonación*) me hagan porfiadamente la corte.

Si alguno comete indiscreciones es por pura fatuidad, porque á nadie, absolutamente, he prestado esperanzas que lo autoricen á hablar de mí como plaza vencida (*dicho lo último con altanería*).

PEPE, (*con humildad afectuosa*).

Mi hermana no ha pretendido mortificarla, cuando sabe, lo mismo que toda la sociedad, que es usted la más adorable dama, pero también la más inflexible, la más juiciosa. Siempre he estado á sus plantas rogándole que acepte mi nombre y con frases dulces, cual miel hiblea, ha rechazado mi oferta matrimonial. Soy testigo fiel, además, de que igual respuesta han obtenido otros tantos subyugados por los encantos que usted atesora.

LESBIA.

Sé que es usted perfecto caballero, y me honro con su predilección (*dicho ya en tono jovial y amistoso*).

PEPE.

Pero si está usted convencida de la rectitud de mis intenciones, por qué no

se decide á aceptarme como esposo? Háblome en presencia de Clara, porque ella está al corriente de lo que en mí pasa; y para probarle, también, á usted que mi cariño no se esconde, sino le place exhibirse, por lo mismo que es profundo y sincero. No tengo elocuencia para convencerla; pero usted es bastante perspicaz y sensata para comprender que no soy un Tenorio de oficio, un burlador infame de corazones, sino el más apasionado de los que se disputan la mano de usted.

#### LESBIA.

Basta de protestas amorosas que conceptúo verídicas. Si algún día me decido á cambiar de estado, no echaré en olvido sus promesas halagüeñas.

#### CLARA.

Es bueno que nos despedamos. Antes quiero significarte, cara Lesbia, que sentiría sumo placer en que el elejido fuera Pepe. Matrimonio más simpático y perfecto no lo habría en el mundo entero.



LESBIA.

Gracias mil!

CLARA.

Que seamos pronto cuñadas!

LESBIA, (*sonriéndose plácidamente*).

No sé cual de los dos es mejor abogado: si el pretendiente ó su seductora hermanita.

CLARA.

Calla, aduladora, y hasta la vista.

PEPE, (*con exaltación*).

Repito y repetiré que mi amor no se extinguirá nunca; que á la primera indicación de usted ¡oh incomprensible Lesbia! iré al Oficialato Civil á firmar esponsales.

LESBIA, (*sonriendo*).

Al fin me hará usted perder el juicio con su insistencia nupcial.

PEPE.

Eso quisiera yo. Me importa poco que se vuelva loca si con su deseada locura me otorgara el favor de los favores: su mano alabastrina y réjia.

LESBIA.

¡Oh terquedad inaudita!

PEPE.

¡Oh ceguera incomprensible! (*Despítense y váanse*).

### ESCENA TERCERA.

LESBIA.

Otra estaría ufana, orgullosa al verse tan deseada. No deja de ser alhagador tanto asedio, tantas pasiones despertadas sin excitación de mi parte. (*Pausa*). Bah! Ya que es mi destino inspirar amores lo mejor es escojer al que más me cuadre; al que me haga gozar muchísimo. (*Pausa*).

Pepe es todo un tipo, un buen mozo; más su bolsillo no tiene monedas: es un verdadero pobrete. ¿Qué haría yo al casarme con él? Un solemne disparate! No podría nunca proporcionarme los placeres que apetezco, y mi vida conyugal sería peor que la que llevo actualmente, á pesar de mi horfandad y estrecheces. Además es galanteador por naturaleza, y rabiaría constantemente al descubrir sus trapisondas. Si sus rasgos me atraen y seducen estoy convencida de que no debo fijar mi pensamiento en él, si quiero evitar dolores futuros. (*Pausa*). Oigo pasos. Quién será?

#### ESCENA CUARTA.

La misma Lesbia y Luis.

LUIS.

Dá usted su permiso?

LESBIA.

Pase usted, caballero.

LUIS.

He visto salir de esta casa á mi rival Pepe acompañando á su hermana. Supongo que estaría ésta trabajando la candidatura del *frater*. ¿No es cierto? (*Sonriéndose picarescamente*).

LESBIA.

Ambos me hicieron cordial visita. (*Sonriendo también*).

LUIS.

Oiría usted nuevas ofertas de desposorios?

LESBIA, (*riéndose nuevamente*).

Y es un delito acaso oír confesiones y proposiciones no provocadas expresamente? Demasiado sabe usted que jamás autorizo á nadie que me haga confidencias. (*Pausa*). Parece que mi sino es escucharlas constantemente, y muy á pesar mío!

LUIS.

Tiene usted sobrada razón al afirmar

eso. No hay mortal alguno que contemple á usted un segundo sin que sienta al punto algo que lo oprima; algo que lo trastorne y lo ofusque. Sus encantos, sus hechizos son tantos y tales que cautivan, que esclavizan!

LESBIA.

Qué inspirado y locuaz está usted, amigo mío!

LUIS.

Y quién no delira al admirar su hermosura sin igual? Cómo, por otra parte, puedo conservar mi calma si usted se niega implacablemente á encadenar su alma con mi alma?

LESBIA.

No es culpa mía que no me apasione con la rapidez con que lo efectúan las demás mujeres. (*Pausa*). Deme usted tiempo largo para reflexionar hondamente lo que debo contestarle. El cariño no se impone; es el fruto del trato íntimo. (*Pau-*

sa). Las festinaciones son fatales. (*Pausa*). Entregar el corazón repentinamente á la primera declaración amorosa es imprudencia gravísima. (*Pausa*). No crée usted lo mismo, ó es que su cerebro está realmente sufriendo aguda crisis?

LUIS.

Puesto que por primer vez ha tenido algo así como clemencia, accedo, enajenado de alegría, á su justa insinuación. Oh, sí! Trataré de refrenar mis impulsos pasionales y esperaré la hora feliz en que será premiado mi inconmensurable afecto.

LESBIA.

Ya que solté prendas, por lijereza y acaso por conmisericordia, no me retrataré en nada. (*Pausa*). La conducta dignísima de usted me obliga á salir de mi habitual reserva, y á prometerle lo que á muchos he negado. La posibilidad de ser su esposa.

LUIS.

Promesas no quiero, sino juramento cierto, positivo.

LESBIA, *(después de una pequeña pausa reflexiva)*.

Sea! Júrole entregarle mi mano, si no se arrepiente de aceptarla.

LUIS.

Puede dudar de mí la que tantas pruebas tiene recibidas de mi fidelidad absoluta?

LESBIA.

Dudar? Por qué nó? *(Pausa)*. Ni aún al pié de los altares puede una creerse á cubierto de un engaño, de una traición cruel.

LUIS.

Pues para convencerle de que ansío nuestra perfecta unión, voy á dar ahora mismo los pasos necesarios para que antes de un mes quedemos enlazados.

LESBIA.

No; nada de precipitaciones.

LUIS.

No comprendo cómo puede abrigar dos criterios distintos.

LESBIA.

Es que tengo que sostener fuerte lucha conmigo misma. Quiero y temo. (*Pausa*). En esas dos frases, expresivas de ideas contradictorias, sintetizo lo que pasa en mi organismo, en mi yo, como dicen los psicólogos.

LUIS.

Querer y temer? Qué es lo que acobarda á usted en estos momentos decisivos?

LESBIA.

Es que se trata de mi porvenir, de mi fortuna, vida, y eso no es cosa baladí. (*Pausa*). Antes de cambiar de estado debe



pensarse mucho porque es como otra nueva existencia que comienza, que se inicia. (*Pausa*). El matrimonio si dulce y deseable no deja de tener sus enojosos y serios inconvenientes. (*Pausa*). Hay maridos que se transforman en verdaderos tiranuelos, apenas adquieren sus derechos conyugales. (*Pausa*). Quién sabe si usted, que ahora se muestra humilde, circunspecto, complaciente en demasía, más tarde se torne en soberbio, exigente y cruel; solazándose en causarme desazones; en espiar mis pasos, en amargar mi dicha? (*Pausa*). Son muy frecuentes los matrimonios desvanecidos por el despotismo marital ejercido sin freno ni tasa. (*Pausa*). Hay lobos que se disfrazan de ovejas para cebarse mejor en la víctima elejida!

LUIS, (*enojado*).

Señorita, me injuria usted con sólo insinuar tales dudas mortificantes.

LESBIA.

Deber mío es abrirle mi corazón, decirle lo que pienso en estos instantes so-

lemnes en que quiere usted á todo trance, que renuncie á mi libertad, á mi albedrío. (*Pausa*). A pesar de los progresos de la humanidad, la mujer no está aún suficientemente protegida; siempre continúa en perpetua tutela. (*Pausa*). Terrible es que se la engañe todavía, brindándole ayuda, dicha sin cuenta, y á la postre sólo encuentre cadenas férreas, ergástula disfrazada, disimulada, al conducirla al tálamo.

LUIS.

Qué apreciaciones más injustas! Indiscutiblemente posee usted raro talento, pero lo emplea en causar tormentos y penas. Arroje, de sí, semejantes prejuicios insostenibles. (*Pausa*). Haga como las demás; penetre en el templo de Himeneo con el espíritu risueño, lleno de ilusiones. (*Pausa*). Idear que el compañero ha de tornarse en fiera sedienta de sangre y de ferocidades inauditas es lo más orijinal y risible que puede ocurrírsele á una persona juiciosa y bella. Juro que seré siempre verdadero esposo, júrole que mi confianza será ilimitada. (*Pausa*). Creo que es bo-

chornoso estar vigilando, espiando. (*Pausa*).• La dejaré en completa libertad de acción; jamás le pediré cuenta de lo que haga ni de lo que piense. (*Pausa*). Si algún día violare mi programa marital tendría usted razón en despreciarme como ente vil. Soy horriblemente feo y tosco; pero nadie tiene sentimientos más hermosos y humanos.

#### LESBIA.

Sin duda alguna no hay sér en el mundo tan hermoso en lo moral como mi digno galán. (*Pausa*). Por creerlo así, repítome, que mi elección hecha está. (*Pausa*). Tócale, pues, señalar día para nuestras bodas. Ahora lo apremio para que prontamente se efectúe nuestra unión (*con cierta zalamería*). Tales seducciones ha puesto en juego y con tanta elocuencia que me rindo á discreción. (*Tiéndele las manos*).

#### LUIS.

Qué oigo cielos! (*Pausa*). (*Da muestras de conmoción y casi llora de placer*). La

sorpresa es tan magna, tan colosal que me ha producido como un vértigo enervador. (*Pausa*). Nunca creí que la felicidad me brindara sus dones. (*Pausa*). (*Respira ruidosamente*). Ya que quedo autorizado á todo procederé incontinenti. (*Pausa*). No más retardos. En esta misma semana nos abrirá el paraíso sus diamantinas puertas. Adios, mi ideal, mi alegría! Adios! (*La estrecha fuertemente, delirante casi y vase con precipitación marcada!*)

## ESCENA QUINTA.

LESBIA.

(*Después de un ligero desvanecimiento, se incorpora ajitada*). Dios mío! qué he hecho? (*Pausa larga*). Llena de compasión prométele á Luis mi mano, sin saber si le amo; sin haber meditado bien las consecuencias de mi rápida determinación. (*Se pasea un rato*). Ya es tarde;

no puedo retirar mi palabra, sin inferirle honda herida. (*Pausa larga*). Pues bien, adelante! (*Pausa*). Me prometiste libertad absoluta; no pedirme nunca cuenta de lo que pensara ú obrara. (*Pausa*). Esto es facultarme á todo; esto es autorizarme á que cometa las mayores locuras. (*Pausa*). Magnífica perspectiva se me presenta: casada y libre; dueña de inmensa fortuna y capacitada para llevar una vida delirante, sin trabas ni responsabilidades. (*Pausa*). Cuántas rabiarán de envidia al ver mi boato, mi independencia, cuando noten que soy la que gobierna á su capricho el hogar! (*Pausa*). Por más que quieran las leyes y los hombres constreñirnos llega, al fin, el momento de la emancipación de la mujer de temple de acero, de la mujer astuta como la sierpe, de la mujer dúctil como el metal más blando conocido. (*Pausa*). ¿Tendré amantes? (*Pausa*). Ah! eso nó! Seguiré mortificando á mis rivales, porque comprendo que me hace falta ser lisonjeada y deseada; pero jamás cometeré infidelidades torpes y materiales; jamás resbalaré por la bochornosa

pendiente de los deslices. (*Pausa*). Se puede ser honrada en el fondo y saborear acariciadoras galanterías; prestar oído á la embriagadora música de los madrigales correctos, elegantes que me dediquen los que tan fácilmente se apasionan de mis ojos ó de mis sonrisas. (*Pausa*). Voy á dormir. (*Pausa*). Necesito reposo, mucho reposo. (*Pausa*) ¿Después de ganar batalla tan brillante y fecunda será posible conciliar el sueño? (*Pausa*). Cuántos castillos no construirá esta noche la loca de la casa? (*Pausa riéndose*). Lo que es ahora tiene razón en delirar á sus anchas; porque si no ando errada, seré la más dichosa y libre de las criaturas.

(Al dirigirse al aposento se presenta Alfredo y Lesbia retrocede).

## ESCENA SEXTA.

Alfredo y Lesbia.

ALFREDO.

Salve, Rejina!



LESBIA.

Llega usted muy retrazado. Casualmente iba para mi alcoba por ser hora avanzada.

ALFREDO.

Dispense usted entonces mi indiscreta visita. Estará mi reloj funcionando mal, puesto que lo consulté y ví que no eran las diez todavía. Me retiraré, pues, para subsanar mi falta.

LESBIA.

Quédese usted un rato, y disimule mi franqueza. Entre amigos se puede hablar con sinceridad completa. No lo cree usted así, Alfredo?

ALFREDO.

No me he enojado con su justa observación, y la prueba concluyente es que demoro en vez de alejarme. (*Pausa*). Y ya que está solucionado el punto, me permito, á mi vez, otra llaneza. (*Pausa*). Hasta

ahora si usted no se ha mostrado esquiva del todo no ha querido sacarme de dudas tampoco. Sé que muchos aspiran á reinar en su corazón y entre ellos hay rivales temibles. (*Pausa*). La competencia obstinada me tiene intranquilo, receloso. Sufro horriblemente al ver las acometidas de los que se disputan el amor de usted y para poner fin á mis amargas cuitas, ciertas, suplícole sea bien franca ahora conmigo. (*Pausa*). ¿Puedo alimentar la esperanza de ser el preferido, el llamado á obtener su cariño?

LESBIA.

Llega usted tarde, muy tarde, amigo mío!

ALFREDO.

Qué oigo, cielos! (*dicho con voz trémula y apasionada*).

LESBIA.

Es usted bastante inteligente y discreto para comprender bien el sentido de mis frases.



## ALFREDO.

Insiste usted en notificarme que mi demanda amorosa es extemporánea?

## LESBIA.

Sí, Alfredo. Tiene usted la culpa. De todos mis pretendientes ha sido usted siempre el más cauto ó comedido. Mientras otros aprovechaban el tiempo asediándome con ahinco y resolución, se mantenía usted en expectativa, apelando á dilatorias peligrosas. Si otro más audaz y terco ha ganado la partida, impútelo á la actitud pasiva ó neutral de usted.

## ALFREDO.

¿No se contenta usted con decepcionarme sino que también se goza en escarnecerme? ¿De manera que castiga mi moderación, mi timidez? (*Pausa*). Si hubiera sabido que lo que os gustaba era la intrepidez, la valentía, nadie me hubiera igualado en arrojo y acometividad. (*Con amargura*). Estoy, pues, vencido? Otro es el conquistador?

## LESBIA.

Siempre he creído que usted tenía simpatías é inclinaciones por mi humilde persona, pero como era el más tibio ó descuidado, de los que pugnaban por rendirme, lo atribuía, naturalmente, á poco amor; que figuraba, lo juro, que era el menos apasionado.

## ALFREDO.

Se ha equivocado usted, Lesbia. Aunque no era tan osado como los demás, ninguno la amaba y ama como yo. Cada individuo tiene su temperamento propio. No hay en el mundo dos personas iguales, idénticas en ideas y pasiones. Cada ser piensa y obra como es, como está constituido. No se debe juzgar nunca por las apariencias, siempre engañosas. En mi medida y corrección ha entrevisto usted poco afecto, poca vehemencia, y me ha condenado implacablemente, cuando acaso por mis condiciones morales podía haber labrado la dicha de usted mejor que el rival elegido.

## LESBIA.

En cuanto á eso, no soy tan tonta para entregar mi corazón á un advenedizo, á un ente vulgar. Puedo vanagloriarme de haber acertado, amigo mío. Mi esposo no es, tampoco, un atronado, espíritu ligero, sino hombre reposado y culto cual usted. Precisamente eso era lo que yo buscaba y quería, no entregarme á un ligero de cascos y tornadizo, sino á quien me diera garantías ciertas de felicidad y de independencia absoluta, sobre todo.

## ALFREDO.

Como debe usted imajinarlo, siempre es doloroso y cruel oír de los labios de la mujer adorada tan fatal noticia; el triunfo de un competidor por honrado y correcto que sea el elejido. (*Pausa*). Soy yo el que solicita ahora vénia para retirarse. La herida sangra, y es cuerdo que en el alejamiento busque remedio pronto y eficaz.

## LESBIA.

Pido perdón al buen amigo por la con-



fidencia hecha. Creí un deber mío, ya que estoy en vísperas de boda, hablar la verdad, para paralizar declaraciones ya infructuosas y que no es lícito oír y acoger.

### ALFREDO.

No tacho ni censuro su leal actitud, Lesbia; empero, el amor tiene sus fueros lejítimos. Mi queja no es importuna al exponerla en el momento preciso de saber la derrota vergonzosa y aniquiladora. Su elección y sus nupcias próximas me han sorprendido y lacerado hondamente, porque apesar de mis reservas é indecisiones la quería á usted mucho, entrañablemente. (*Pausa*). No puedo, nó, acusarla de traidora, porque en el fondo fuí poco diligente, y además nunca me hizo usted promesas de ningún género. Todo eso no borra, ni quita el afecto alimentado tanto tiempo ni los sueños acariciados. (*Pausa*). Mi desventura es merecida, y nada tengo que objetarle. (*Pausa*). Ya que es irremediable, puesto que su determinación no pue-

de revocarse, me retiro, aunque dudo olvidarla presto. Siempre quedará algo de usted en este corazón desdeñado, porque en cuanto á fidelidad no hay quien le aventaje y supere.

LESBIA.

Me apena, me aflige mucho saber ahora que estaba usted tan apasionado de mí. Si lo hubiera sospechado no hubiera sido tan brusca y tosca.

ALFREDO.

Esa confesión alivia mi cuita. Adios, inolvidable Lesbia!

LESBIA.

Su amargura me ha contagiado. Alfredo. No gozo en hacer sufrir ni á mi mayor enemigo! (*Pausa*). El destino mío es inspirar pasiones sin promoverlas ni alentarlas con artificios. No es usted la única víctima! (*Pausa*). Comprendo, por lo que usted ha dicho, y puesto en evidencia,

que otros corazones, no menos sensibles, se mortificarán bastante, al saber lo que he resuelto respecto de mi mano. (*Pausa*). Pagaré algún día los dolores que involuntariamente causo ahora, y porque siempre llega la hora fatal é irremisible de la expiación necesaria.

#### ALFREDO.

En el fondo se ve que usted no es realmente una coqueta pérfida que juega con el amor; sino una Eva dotada de hechizos tantos que turba y enajena á cuantos se aproximan á usted. (*Pausa*). Es que hay mujeres seductoras por naturaleza y que atraen, acaso por efecto de influencias magnéticas ó eléctricas que poseen ocultamente. Me explico porqué tantos la adoran y se esclavizan voluntariamente, sin que usted emplee medios reprobados para retener á sus pretendientes. (*Pausa*). Mi razón no está tan obsecada que no comprenda que usted es inocente en la desgracia que me ha flajelado tan ruda é inesperadamente. (*Pau-*

sa). Abandono esta casa, transido de pena irreprimible, por ahora ó por mucho tiempo, pero confesando que la culpa es mía; que no puedo acusarla, Lesbia, de nada absolutamente. La crudeza empleada ha obedecido á móviles honestos, y sobre todo, á la creencia de que era yo el más despreocupado de sus admiradores y súbditos.

LESBIA.

Sí, ese es el mejor temperamento. Es forzosa la retirada de usted, para que no se prolongue más su sufrimiento que al fin me ha llegado al alma también.

ALFREDO.

Si es usted sincera hasta ese punto, por qué no completa la obra? Por qué no retracta su oferta matrimonial, y se enlaza con este desdichado?

LESBIA.

Hasta ahí no puede llegar mi piedad, Alfredo! (*Pausa*). Y el otro á quien acaso

por compasión también accedí á su demanda? (*Pausa*). No puedo faltar á mi palabra empeñada! Es cuestión de honor para mí cumplirla. (*Dicho con dignidad*).

ALFREDO.

Ha vencido usted definitivamente. Si usted se sacrifica por lástima y por no faltar á su juramento, entonces declino é iré, en la soledad, á ocultar mi acerba decepción amorosa. (*Con tristeza*).

LESBIA.

Cuente usted siempre con el buen recuerdo de una fiel amiga, que lamenta y lamentará toda su vida la tardanza de su declaración.

ALFREDO.

Siempre es consoladora la oferta de usted. Ella endulzará el rigor de mi destierro. (*Quiere Alfredo estrechar ó abrazar á Lesbia, pero ésta lo rechaza con blandura, y dice en voz alta y afectuosamente*). No, amigo mío, nada de locuras. No me





pertenezco ya, aunque virjen. Estoy prometida; otro hombre es mi dueño!

ALFREDO.

Tiene usted razón, y excuse mi extravío al querer llevarme un recuerdo más dulce y personal de la que tanto quiero y querré mientras viva y aliente (*dicho con pasión*). (*Váse, pero mirándola con ternura visible y dolorosa, y con la cara ladeada para ver mejor á Lesbia. Ésta también lo mira entre risueña y conmovida, y al salir Alfredo lanza un suspiro desmayado*).

ESCENA SEPTIMA.

LESBIA.

Realmente poseo atracción misteriosa é ignorada, cuando son tantos los que se enloquecen por este cuerpecillo tentador? (*Pausa*). No creí que me afectara tanto la congoja de Alfredo. No era falsa, sino sentida su amargura al oír que me

casaba, que pronto cambiaría de estado. No puedo ser insensible á las muestras de cariño que se me prodiguen. Cada vez que escucho ternuras exquisitas, vibran mis nervios, palpita dulcemente mi corazón agradecido. No creo, no puedo creer que haya mujer alguna en la vida que no sienta cierto goce interno y extraño cuando un joven fino, galante y de airoso continente prodiga frases acariciantes, y en tono sincero, convincente. (*Pausa*). Nadie es de mármol frío é impecable, para no experimentar cierto cosquilleo enervador, cierta dulzura inefable que nos envuelve y penetra como cuando sopla tenuemente céfiro entre las frondas, y se complace en besar los pétalos de los lirios y azucenas. (*Pausa*). Habrá mojigatas ó hipócritas que nieguen, por sistema, la delicia incomparable de una declaración amorosa, diluida con tonalidades emocionantes, hecha con primores de frases y acompañada de gestos corroboradores, que no contradigan sino afirmen y subrayen lo confesado. (*Pausa*). Nosotras sin tomar hábito sacerdotal somos depositarias de secretos



miles, aleteos de almas injénuas que no saben disfrazar sus sensaciones y sueños; que confiesan sus delirios espontáneamente, cuando tropiezan con una Eva incitadora y astuta que los esclaviza con el fulgor de una mirada plena de promesas ilusorias. *(Pausa)*. Ya he jugado el dado! Me casaré siempre con Luis. Es el que, dado mi carácter, conviene sea mi consorte. Lo he calado bien y sé que haré mi voluntad en todo lo que me cuadre. *(Pausa)*. Ese era mi ideal; libertad completa para ordenar mi vida como me plazca. A mí me sobrarán siempre y cuando quiera esclavos sumisos; devotos fieles de mis encantos. Me divertirán mucho sus confidencias; verlos á mis plantas claudicantes y agonizando de amor; pero los tendré á raya, y ninguno podrá ufanarse de ser amante mío. *(Pausa)*. Ya que he nacido para inspirar pasiones y deseos sacaré partido de ello, solazándome con ese concierto de voluntades subyugadas, dependiendo de un jesto mío. Seré reina, como me llamó Alfredo al llegar, más reina inflexible que no transigirá con debilidades

carnales! (*Pausa*). Mi reinado será puramente espiritual, que es el más compatible con mi temperamento.

(Cae el telón).

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

Una reunión familiar en la casa de Clara. La acompañan Antonia, Berta, Alfredo y Pepe.

PEPE.

Cuando hay dos mujeres juntas comienzan los cabildeos, las críticas de todo género. No hay títere que salga ileso de sus felinas lenguas, hirientes como navajas, punzantes como estoques.

BERTA.

He oído bien lo que dicen ustedes, caballeros. Por toda réplica arguyo que

en punto á crítica son los hombres más feroces que nosotras. Verdad es que pinchamos á veces; pero ustedes parten en canal á la víctima, ó le quitan la piel. Quiénes más malignos en materia de murmuraciones?

PEPE, (*riéndose*).

Es usted muy ladina y se ha defendido con habilidad y maestría. No creí que hubiera escuchado lo que hablaba en voz baja. (*Pausa*). Concedo que los del sexo fuerte á veces nos excedemos, en el mentir; mas vuestra ocupación constante, obligada es inquirir la vida ajena, encontrar lunares en todas partes. El placer de los placeres, el mayor goce es poner peros á todo; no perdonar á ésta porque es una beldad, y á aquélla porque viste con suma elegancia. Condenais sin apelación á vuestras rivales si son festejadas, si atraen las miradas; si son recibidas con agrado por las multitudes.

BERTA.

Tal pintura es impertinente y cruel.



No llevamos la rivalidad sexual hasta ese extremo. Cuando vemos alguna que sea realmente bella nos enorgullecemos todas, porque es como la personificación de nuestro sexo. No perseguimos á la que nos supera en encantos: al contrario. Casi nos pasa lo mismo que á ustedes, y es que nos fascina y conquista un arquetipo de hermosura. Lo que censuramos y combatimos sin cuartel son las malas artes empleadas para arrancarnos á nuestros pretendientes, á las coquetas es que juramos guerra.

PEPE.

Tiene usted mucho ingenio para defender su causa: mas dejémonos de discusiones, y hablemos de otras cosas más agradables.

CLARA.

Tengo el gusto de comunicar á mis distinguidos huéspedes que se prepara una gran novedad en los salones de Lesbia, el próximo viernes. No contenta con

las espléndidas fiestas y jiras campestres con que obsequia á sus amistades constantemente, parece que quiere sorprendernos con la solemnidad que organiza. Se susurra que gastará un dineral en flores naturales y en una iluminación jamás vista. Parecerá su rico palacio habitado por una maga del Oriente.

ALFREDO.

No necesita desplegar tanto fausto para ser lo que es: una soberana.

BERTA.

Está usted apasionado también? Es uno de los admiradores de esa beldad?

ALFREDO.

Rendir homenaje á las gracias de Lesbia es un acto de justicia.

BERTA, (*con sorna*).

Mas nunca se tributan tales respetos gratuitamente. Debe ser usted del



número de los súbditos de esa reina fácil y caritativa.

ALFREDO.

Acusa usted á Lesbia de tener corte de amor, de ser asaz compasiva con sus fieles vasallos?

BERTA.

A buen entendedor. . .

ALFREDO.

Declaro que soy un desinteresado admirador de Lesbia, y que hasta ahora no hay en su conducta nada reprochable. Le gusta ostentar, gastar la inmensa fortuna que su marido ha puesto en sus manos, en fiestas; pero nadie tiene derecho á censurar sus prodigalidades, que por cierto nos causan gran placer á los del mundo elegante. En cierto modo deberíamos agradecerle que derroche de esa manera si á la postre nos aprovechamos de sus caprichos de millonaria.

## BERTA.

Procede usted con nobleza al defenderla, mas no podrá, ciertamente, hacer callar á los demás. Todo el mundo cree que Lesbia tiene otros caprichos mayores; que está poseida de una fiebre nerviosa que la obliga á cometer locuras pecaminosas. (*Pausa*). Indudablemente no es la Lesbia de otros tiempos; ha cambiado por completo. Ahora es otro ser distinto. Como que trata de desquitarse, de vengarse, haciendo todo lo que se le antoja; sin importársele un bledo que su pobre marido sea objeto de burlas y chacotas. (*Pausa*). A estas horas nadie cree en su honradez ni en su fidelidad; la opinión pública la tiene en el concepto de una cortesana impura; una especie de Mesalina, con perdón de los presentes.

## ALFREDO.

¿Y se hace usted cómplice de tal infamia? Usted que estrecha su diestra casi diariamente; que le besa el rostro; que saborea complacida los manjares suculen-

tos de su mesa, en plena reunión dice he-  
rejías tales de su amiga? (*Pausa*). Y si  
todo es calumnia vil como lo afirmo yo?  
(*Pausa*). No comprende que es odioso pa-  
pel el de usted, haciéndose eco de una  
imputación falsa, indecorosa, cuando la  
víctima no está presente para rechazar la  
baba pestilente de la maledicencia? (*Pau-  
sa*). Retracte lo dicho si no quiere con-  
tribuir á una obra nefanda; á una verda-  
dera abominación. (*Pausa*). Una mujer  
de mirada tan serena y radiosa no puede  
ser meretriz inmunda que comercie con  
sus gracias ni que peque por corrupción.  
(*Pausa*). Si esas frases las hubiera ver-  
tido un igual mío, uno de mi sexo, habría  
recibido cartel de desafío; porque yo me  
bato, con orgullo, para restaurar una hon-  
ra que se pretenda mancillar en presen-  
cia mía. (*Pausa*). A usted, que es mujer  
adorable y culta, suplícole que rectifique  
tan ligero juicio, que borre el mal efecto  
que sus palabras han producido aquí.  
(*Pausa*). Nobleza obliga. Si es usted ami-  
ga leal de Lesbia no debe directa ni indi-  
rectamente colaborar en su deshonra, sino

hacer lo que hago yo, negar, rechazar enérgicamente la calumnia; decir en alta voz que es la más virtuosa de las damas, apesar de sus aparentes frajilidades. (*Dicho con calor y vehemencia*).

PEPE.

Verdaderamente se ha excedido Bertita; ha perdido los estribos. Pudo tratar la materia con más tacto, sin tener que acudir á crudezas mal sonantes. La chismografía tiene sus límites. (*Pausa*). Bueno es pasar el tiempo comentando las vidas ajenas, pero sin descender al peligroso terreno en que se metió de hoz y coz doña Bertita que Dios guarde (*riéndose*). (*Pausa*). Respecto de Lesbia, opino que se divierte á sus anchas, sin faltar, en manera alguna, á sus deberes conyugales. Le gusta mucho la lisonja, mas no toma en serio las pasiones que inspiran sus encantos. (*Pausa*). Eso puede, acaso, comprometerla y perjudicarla á los ojos del vulgo, que nunca vé más allá de sus narices. (*Pausa*). Cuántas mujeres

no hacen lo mismo que Lesbia, ó sea desplegar un poco de coquetería con sus admiradores platónicos? Esas pequeñas complacencias, esas bondades deben no solamente excusarse, sino más bien agradecerlas á las hermosas. (*Pausa*). Aplau- do, sin reservas mentales, la digna y loa- ble actitud desplegada por mi amigo Alfredo, y como él también rompería lan- zas contra los mentecatos y badulaques que juzguen mal á la incomparable Lesbia, orgullo de nuestros salones.

CLARA.

Es muy natural que ambos se expre- sen así. ¿No es público y notorio que son ustedes sus más asiduos rondadores?

PEPE.

Por Dios, Clara, déjate tú de acusa- ciones torpes é insensatas. Además de indiscretas son injustas y extemporáneas. Debes unirte á nosotros para que no pros- pere especie tan insidiosa y falta de fun- damento. (*Pausa*). Luis es un hombre de

grandes enerjías y celoso de su honra, apesar de su aspecto bonachón. Si á sus oídos llega que se duda de la virtud de su esposa, será capaz de vengarse horriblemente en las lenguas viperinas que propagan tan absurda acusación, ó lo que es peor, acaso: repudiar á la inocente Lesbia.

ALFREDO.

Se podría apostar uno contra ciento que el pundonoroso Luis castigaría la infamia, ó cometería yerro irreparable sacrificando á su joven consorte.

CLARA.

Repito que solamente me hice eco de la opinión pública, que nada he inventado; que no tengo culpa alguna en lo que otros propalan y afirman.

ALFREDO.

Sé que no es usted culpable sino en el sentido de haber dado crédito á lo que no es más que el fruto de la reprobable costumbre de murmurar, de atacar aun

las reputaciones más sólidas y cimentadas; pero como debe reparar el daño causado sin intención, en adelante desmentirá, sin tregua ni descanso, la odiosa mentira forjada contra Lesbia.

CLARA.

Juro que desde este instante seré la que más alabanzas vertirá en favor de mi buena y fiel amiga. (*Pausa*). Los esfuerzos, sin embargo, que hagamos todos nosotros lograrán que recobre su fama de honestidad? (*Pausa*). Desterraremos, siquiera, las dudas? (*Pausa*). Evitaremos la catástrofe que pueda ocurrir, tan pronto conozca Luis lo que se cuchichea en nuestros círculos?

ALFREDO.

Es tarea árdua destruir el monstruo formidable que con sus mil lenguas vocifera, con sus mil pies ondula y se multiplica á su sabor! Oh! nada más espantoso que la mendicidad incubada para asesinar reputaciones! (*Pausa*) La justicia huma-

na misma es á veces, ó casi siempre, impotente para anonadar á ese vestiglo que siempre juega gran papel en nuestra crédula y corrupta sociedad. (*Pausa*). Tiene razón Clara. (*Pausa*). Es casi imposible que la bola implacable, aplastante, no siga circulando y aumentando de volúmen. (*Pausa*). Es un absurdo pretender que no descargue ó estalle al fin ese bólido tenebroso, que á cada momento toma mayores proporciones, hasta producir sus efectos fatales.

### ANTONIA.

Qué situación moral tan horripilante! Vemos el peligro cierto, positivo, y de nada valen nuestras previsiones y predicciones. Triunfará el mal! (*Pausa*). Vanos serán nuestros empeños altruistas por evitarlo, por neutralizarlo! (*Pausa*). Sinembargo, es bochornoso darnos por vencidos; hay que arbitrar algo práctico para que los malvados no celebren el triunfo de su causa odiosa.



## PEPE.

Qué inteligencia, qué brazo podría batirse con un ser múltiple, colectivo, poseído de furoros insanos! Si los tribunales mismos, que tanta autoridad y poder ejercen, no pueden apresar el pulpo feroz, por sus innumerables puas hirientes, menos podremos nosotros combatirlo y aniquilarlo; cuando estamos amenazados de su arremetida, si se le antoja acometernos también. ¡(*Pausa*). No hay quien pueda escaparse de sus garras ni de sus ataques inesperados!

## BERTA.

La preocupación que nos embarga en estos instantes es natural y legítima. Millones de veces ha tenido la humanidad que cruzarse de brazos, abrumada de desesperanza, y dejar que el Mal triunfe y proclame su ruín victoria. (*Pausa*). Oh, sí! El Mal es el supremo gobernador del universo, y nosotros, formados de humilde arcilla, nos vemos obligados á bajar la cabeza cuando la iniquidad se confabula

para azotarnos y anonadarnos. (*Pausa*). Ni las prisiones, ni los grillos, ni el cadalso mismo pueden vencer á enemigo tan poderoso y repugnante que se burla de la sabiduría humana como cosa pueril, sin eficacia alguna, cuando se propone realizar algo que desquicie los cimientos sociales; algo que produzca pánico y consternación general en los corazones sensible y justos.

PEPE, (*sonriéndose amargamente*).

Amigas mías: esta velada ha resultado, á la postre, una especie de coro de salmodias. Todos hemos entonado el «De profundis» al comprender la tempestad que amenaza á un matrimonio, hasta ahora feliz, y que acaso ignora la desgracia que se avecina.

BERTA.

Nuestras lamentaciones, tan sinceras y profundas como la de los grandes pecadores bíblicos, prueban palmariamente que apesar de nuestras lijerezas y egois-

mos censurables tenemos conciencia rec-  
ta, exigente, que nos grita, en momentos  
conflictivos, para que nos apartemos de  
Luzbel, el gran tentador; el que siempre  
pugna por arrojarnos al abismo, con sus  
infinitas y renovadas seducciones!

PEPE.

Oigo pasos. Callemos para que na-  
die se entere de lo que hablamos.

## ESCENA SEGUNDA.

Los mismos, y Lesbia que entra con un  
elegante tocado.

LESBIA.

Buenas noches, todos los presentes.  
Supe, Clara, que son tus natales, y vengo  
á felicitarte cordialísimamente. (*Pausa*).  
Pero qué noto en ustedes? (*Pasa revista  
general, con la mirada, en los contertulios*).  
Hay algo extraño en las fisonomías; pare-

ce que se asombran de verme aquí. Acaso platicaban cosas que quieren que ignore? (*Pausa*). Siento mucho haber llegado en hora tan importuna, pues noto un frío glacial en esta reunión; un misterio impenetrable que instintivamente me aflige y me conturba. (*Pausa*). Antes de penetrar en esta morada de mi predilección cruzó, por ventura, algún ave agorera? Causó, en vuestros nervios, impresión tan fuerte é intensa que aún estais sufriendo temores supersticiosos? Entre tantas personas amigas no habrá una que por piedad me explique el enigma que en vano trato de descifrar? (*Pausa*). No son aprehensiones mías; claramente veo en los rostros señales inequívocas de sorpresa, de estupefacción patente. (*Pausa*). Ignoro si así estaban todos antes de mi llegada ó si ella es la que provocó tal manifestación de duelo ó de espanto visible. (*Pausa*). Nadie responde? Nadie habla? (*Pausa*). Dios mío! algo muy grave ha sucedido aquí ó algo muy tremebundo ó bochornoso se debatía, antes de mi acceso á este salón. (*Pausa*). Habla tú, Clara, á quien

expresamente he venido á visitar como te lo indiqué ya. Sácame presto de las crue-  
lísimas dudas que me asaltan; quítame los  
negros pensamientos que pupulan en mi  
cerebro, próximo á delirar.

#### CLARA.

Cálmate, sosiégate, Lesbia mía; arro-  
ja, de tu espíritu, toda conturbación insa-  
na. Aquí, te lo juro, no ha pasado nada,  
absolutamente nada que á tí se refiera.  
(*Pausa*). Quieres oír risas argentinas y  
ver caras de pascuas? Pues reiremos to-  
dos y charlaremos por los codos, para  
quitarte preocupaciones pueriles. (*Ríe la  
concurrancia, pero de una manera forzada,  
poco natural*).

#### LESBIA.

Gracias, mil gracias. No quiero in-  
sistir en mi interrogatorio, que se consi-  
derará como impertinente, como la obra de  
una persona caprichosa, antojadiza; mas  
juro, á mi vez, que había en las miradas un  
no sé qué, algo que me causó mas terror

que enojo. Digo que expresaban conmi-  
seración profunda, como cuando ocurre  
una fatalidad agobiadora y que alcanza á  
muchos.

#### ALFREDO.

Quizás vendrá usted con algunas  
aprehensiones en el majín, pensando en  
cosas desagradables, sin darse cuenta  
cabal de tales elucubraciones intempe-  
stivas.

#### LESBIA.

Oh, no! mi vida se desliza sin con-  
trariedades, sin torcedores. Jamás tengo  
nada que me importune. Precisamente  
venía dispuesta á charlar alegremente,  
cuando de improviso me chocó el aspecto,  
la actitud de los contertulios. Tengo un  
poco de astucia, como toda mujer, y me  
prometo descubrir, mas tarde, lo que aquí  
aconteció ó se habló. Hay alguno que se-  
pa leer el destino en la palma de la mano?  
(*Pausa*). Nunca he sido supersticiosa; pe-  
ro lo que es ahora viviré temblando de  
susto; esperando sucesos pavorosos.

## PEPE.

Es usted muy orijinal. Dice eso para demostrar ingenio, y no para convencer-nos del pretendido miedo aducido.

## LESBIA.

El corazón parece que adivina las dichas y los infortunios. ¿Quién no tiene presentimientos? ¿Quién no ha visto realizarse sus sueños ó sus presajios funestos? La doble vista ó como quiera llamársela, por los que estudian ciertos fenómenos psíquicos, es innegable. Miles casos han patentizado que ciertas personas ven ó sueñan sucesos que posteriormente se efectúan. (*Pausa*). Repito que no seré la Lesbia fuerte de espíritu de otros tiempos. Me han inspirado ustedes una cobarbía que perdurará en mí.

## ALFREDO.

Deseche usted ideas tan tétricas y pesimistas, propias de gente insensata ó de escasa intelectualidad.



## LESBIA.

Lo que se moteja en mí tal vez lo aceptarán ustedes más tarde. No somos dueñas de nuestras acciones ni aun de nuestros pensamientos propios. Hoy hacemos una cosa y mañana otra. A tal idea sustituye luego una nueva que ha logrado abrirse paso y adueñarse de nuestra flaca razón; mudable como la onda pasajera.

## CLARA.

Propongo á mis amables huéspedes un brindis bullicioso con motivo de mi onomástico. Tal vez pondremos punto final á disgresión tan poco chistosa y amena. Cambiemos, pues, de tema y discurremos sobre materias más gratas y divertidas. Mientras los criados preparan los refrescos ofrecidos, juguemos á prendas. Es necesario despejar esta atmósfera de pesadumbres que nos asfixia á todos, sin causa justificada.

## LESBIA.

No puedes negar que eres siempre la nota alegre, riente. Por más que te em-



peñes no lograrás ahora que los demás te secunden. Renuncia, ¡oh caritativa Clara! á tus propósitos festivos.

CLARA.

Jesús! ¿Sigues obstinada en tañer lúgubremente; en modular sonidos roncós que espeluznan aún al más bravo? Basta de fatídicas predicciones improbables ¡oh Pitonisa despiadada!

LESBIA.

Cederé por urbanidad, nó porque puedan ahuyentarse de mí las tétricas imágenes que me obsesionan.

### ESCENA TERCERA.

Los mismos y criados que aparecen conduciendo bandejas y copas.

UN CRIADO.

Están las copas pedidas.



CLARA.

Espero que nadie desairará mi obsequio.

ALFREDO.

Pecaría de descortés el que rehusara brindar por tan gentil y espiritual dama.

CLARA.

No admito lisonjas por ahora. Suplico, sí, indulgencia por lo que ofrezco, pues no es néctar de dioses, sino un licorcillo algo traidor.

ALFREDO.

Sabemos que no es usted tan malévolá que nos haga tragar brevaje peligroso.

CLARA.

Para tornar los pesares en alegrías francas me he permitido servir algo fuerte, excitante poderoso, para los que no están acostumbrados á libarlo. Es el bizarro Chartreuse que fabrican los peri-

tísimos moradores de la famosa abadía francesa.

ALFREDO.

Ha hecho buena y atinada elección, á fé mía. El tal licorcillo provoca un contentillo, que no se puede disimular. Creo que hice un verso, con su correspondiente cojera. (*Riéndose*).

CLARA.

Hola! ¿Al solo anuncio de que paladearía Chaatreuse comienza á hilar agudezas usted?

ALFREDO.

En Francia sí hay muchos maestros en construir retruécamos. Su admirable idioma se presta mucho. Nosotros no tenemos en el castellano esa facilidad; nuestro léxico es más propio para sentencias que para juego de vocablos. Sin embargo, nos queda el recurso del buen humor y vivacidad, propia de la raza, que

puestos á contribución no dejan de producir chistes finos, de buen gusto y ley.

CLARA.

Sí; aman en nuestras tierras latinas el chiste de tal manera que conquista todas las voluntades el que sabe hacer reir.

ALFREDO.

Tiene usted razón. Lo difícil es dominar el género festivo. Muchos ensayos hechos por nuestros intelectuales, han resultado puro fracaso. Para imitar á Rabelais, á Voltaire, á Larra ó á Palma, que á vasta erudición reunían la envidiable gracia de provocar constante hilaridad, se necesita mucho, pero mucho talento; haber nacido, sobre todo, con esa facultad extraordinaria.

CLARA.

Entonces sellaré mis labios ahora y siempre. Creía que estando una contenta y dispuesta á divertirse podía decir cuanto se le viniera á la boca. Me ha con-

vencido, con su erudita disertación, que se necesita saber en demasía, y otras cosas más, para ensartar agudezas ó bromas delicadas, bien dichas. (*Pausa*). Pasemos á otro tema sugestivo. ¿Qué opinan ustedes respecto de la nueva moda que está *casi* aclimatándose en el país, ó sea la excesiva galantería puesta en práctica? No solamente á las núbiles se les prodigan flores, sino aún á las matronas, á las entradas en años. (*Pausa*). En todas partes se entregan caballeros y damas á discreteos tan sutiles, tan alambicados como en el reinado de Luis Catorce, el mas galante de los hombres y de los reyes. Parece que hay empeños en resucitar esas y otras épocas memorables por sus dramas pasionales. (*Pausa*). Desde luego ésto nos ha venido de fuera. Los pueblos anglosajones son los más fervorosos propagandistas de la galantería sin límites, bautizada con el melífluo vocablo «flirtation». (*Pausa*). A tal extremo está consentida y entronizada la costumbre de pasar el tiempo diciéndose ternezas ó ternuras recíprocas, que aun en los periódicos se avisa,

que tal día habrá buena ocasión de «*flirtar*»; que es lo mismo que decirse sin ambages, que cada cual puede prepararse á hacer la corte á la dama de su agrado.

#### ALFREDO.

En el fondo es ese el verdadero significado del término inglés «*flirt*». En esos países si las mujeres gozan de suma protección legal, en cambio las dejan ir y venir; hacer lo que les plazca. Si se les antoja reunen, á sabor, espléndida camarilla de admiradores sin que tal cosa escandalice; sin que nadie lo censure. Aceptan cualquier invitación, á solas, y andan por doquier acompañadas del caballero que les agrada. Aquí no llegaría á prosperar tanta libertad femenina. Criticarían, acerbamente, que en cualquiera reunión, ó en plazas y calles, se entregaran á idilios, ó á prodigarse frases cariñosas, hombres y mujeres. Aunque no pase de ser un platonismo, sin consecuencias graves, habría muchos Catones que se lanzarían á fulminar juicios severísimos.

CLARA.

¿Qué opinas, Lesbia, sobre lo que tratamos ahora?

LESBIA.

No encuentro nada alarmante ni pecaminoso en esas agradables y ligeras relaciones, apesar de que tomen las apariencias de castos idilios. No hay mujer que no sea un poco romántica, y por consiguiente casi todas gustan del perfume de la adoración discreta, regalarse el oído con la música deliciosa, incomparable de la galantería correcta. Mantener el alma en éxtasis sublime; dejarla vagar por el cielo de la idealidad, no es peligroso ni censurable. Lo que sí débese repeler y castigar, con rudeza, es el ceder á materialidades nauseabundas, entregarse á actos groseros y bestiales. Muchas bajo el manto del recato y de la pudibundez, cometen, luego, graves faltas, verdaderos pecados carnales que permanecen enteramente ocultos, en el más profundo silencio. Dejar á las mujeres la libertad de

fantasear, de vivir de acuerdo con su imaginación tornadiza y caprichosa, no es un crimen ni una torpeza consentirlo. Aunque no descuellen como escritoras notables, en el fondo tienen ellas temperamento artístico. Las realidades de la vida las enferman, las decepcionan, y por eso tienen que recurrir á ficciones espirituales, á novelar ó dramatizar, forzosamente, para revivir; para tornar á ser bondadosas y misericordiosas.

#### ALFREDO.

Con bastante talento ha defendido usted la tesis controvertida. Tiene razón al afirmar que es necesario dejar á las mujeres que se expansionen; que no refrenen su imaginación. Mas para ello sería preciso autorizarlas también á que se tornen en novelescas del todo; á que vivan inspirando pasiones que llegarían á ser chocantes y amenazadoras. La benevolencia paternal ó la marital no debe descender hasta ahí, hasta ese extremo de condescendencia babalicona. Sería una



imbecilidad dar tanta soltura, tanta latitud á las que por leyes de la naturaleza sabia tienen su asiento fijo en el hogar y nada más que en el hogar, para atender á la lactancia é instrucción de sus hijos.

LESBIA.

Buen tiranuelo será usted si algún día se convierte en marido.

ALFREDO.

Yo haré lo mismo que he observado en la mayoría de los matrimonios; y trataré de que las costumbres sociales no sean vulneradas abiertamente.

LESBIA.

¿No se arguyó pocos momentos antes, que pueblos superiores en cultura y moralidad toleraban, y aun permitían, á las mujeres que vivieran libremente, á sus anchas? La severidad es buena cuando hay verdaderos ultrajes; pero no cuando se practican meros esparcimientos, nada

físicos, sin que la carne tenga participación alguna.

ALFREDO.

Concedo éso, ¿pero cómo puede el mundo convencerse de que tales recreos son del todo inocentes y que no ocurren nunca deslices?

LESBIA.

El dilema es creer ó no creer en la fidelidad. Mi Luis tiene plena confianza en mí, pongo por caso, y eso me permite gozar de tanta libertad.

ALFREDO.

Es indiscutible que hace usted lo que le cuadra; empero, ¿no llegará un día en que su esposo lamente de veras su condescendencia ilimitada? Cuando á sus oídos llegue alguna noticia desagradable, ¿qué hará entonces? ¿Disimulará su ira ó será arrastrado por ella, como la mayoría de los mortales?

## LESBIA.

Con ese argumento terrible me hace usted temblar, vacilar. ¿Me vaticina intencionalmente, que estoy amenazada? (*Pausa*). Qué es lo que se ha fraguado contra mí para perderme? (*Pausa*). Cómo! mis distracciones sencillas, nada culpables, pueden agraviar á mi esposo y armar su brazo? Por imitar la espiritualidad anglo-sajona ¿puedo perder mi reposo y mi vida también? (*Pausa*). Si corro tantos peligros y riesgos por acoger lo que creí lícito y excusable, renunciaré á ello!

## CLARA.

Ya que abjuras formalmente á tus prácticas liberales, á tu independendencia femenina; ya que te dispones á dejarte de imitaciones dañinas, te digo con lealtad y franqueza que antes de tu llegada precisamente hablábamos de tí misma, y de la situación moral que te habías creado. Todos estamos bien convencidos de tu fidelidad conyugal; pero los que no te conocen bien se ceban en tu honra y la desgarran.

LESBIA.

Qué oigo! Deshonrada sin haber cometido falta alguna?

CLARA.

Deshonrada nó; difamada, desacreditada por el vulgo ignorante y pérfido, que sólo juzga por las apariencias. Te compadezco, porque sé que eres incapaz de faltar á tus deberes.

LESBIA, (llena de vergüenza y dolor).

Dónde esconderé mi rostro? Cómo arrostrar las miradas acusadoras de tantos jueces inicuos? (*Pausa*). Bien caro pago mis tonterías, mis despreocupaciones sociales! . . . (*Pausa*). Ahora querría mejor la muerte que vivir menospreciada, tachada de impura, de perjura sin serlo! Oh castigo inmerecido! (*Pausa*). Las que pecan mil veces, sin propósito de enmienda son respetadas y aduladas; y yo que no he delinquido, que no tengo mancha infame he sido sentenciada como infiel, como adúltera convicta! (*Pausa*). Han

descorrido ustedes el velo con gozosa complacencia! Me han inundado de oprobio! Soy ya la más desgraciada de las víctimas! (*Pausa*). No ha habido piedad: todos han clavado su puñal asesino. . . (*Pausa*). ¿Tendré ánimo para soportar el fardo injusto arrojado sobre mis débiles hombros? (*Pausa*). Me vindicaré? Probaré la infamia amasada por unos cuantos desalmados y mentirosos? (*Pausa*). ¿Quién no sucumbe de indignación y de vergüenza al recibir tan mortal y traidora herida? (*Pausa*). Dios mío!. . . Socórreme en mi tremenda aflicción!. . . Dáme fuerzas para frustrar la ignominia fraguada dolosamente! (*Pausa*). No puedo dominarme; el vértigo se apodera de mis músculos y arrolla mi vitalidad. . . La vida se me vá rápidamente. . . Comienza la agonía. . . Me han asesinado. . . sí! (*Pausa*). El corazón está destrozado. . . no late. . .

*(Se lleva las manos al pecho, dá un grito fuerte y cae desvanecida. Todos se precipitan llenos de terror sobre Lesbia, y entretanto cae el telón lentamente).*



## ACTO TERCERO.

Salón de la casa de Lesbia, adornado lujosamente.

### ESCENA PRIMERA.

LUIS, (*dándose paseos*).

Lo que es hoy no se vá el doctor sin explicarme la rara dolencia de Lesbia. Apesar de mis reiteradas súplicas no ha querido decirme la verdad; siempre con subterfugios que producen efectos desastrosos en mi espíritu. (*Pausa*). Aunque profano no dejo de ver que cada día languidece más y más mi esposa. Hace un año y días que viene extinguiéndose como bujía que se consume con lentitud desesperante. (*Pausa*). Su enfermedad me

preocupa mucho, hasta el extremo de perder sueño y apetito. Inútiles son mis empeños por arrojar las negras, fúnebres ideas que me acompañan y persiguen á todas horas. (*Pausa*). Sospecho que algún drama horrible se ha desarrollado en torno mío; mis pesquisas para descubrirlo, para patentizarlo, han sido infructuosas. (*Pausa*). Mi hogar era antes todo alegrías; la expansiva Lesbia, con sus trinos y gorjeos de calandria canora, poblaba de armonías placenteras este recinto predilecto. Hoy lo que reina aquí es sepulcral silencio; parece que la muerte se cierne implacable, inflexible sobre lo que más amo en este mundo. (*Pausa*). ¿Por qué quieren las despiadadas Parcas arrebatarme mi tesoro, mi felicidad? (*Pausa*). Lesbia no tiene quien la iguale. No hay mujer más dotada de virtudes y de encantos. (*Pausa*). Estoy seguro, segurísimo de que jamás abusó de la ilimitada libertad que le otorgué el día de nuestras bodas. Sabía que su temperamento nervioso, impresionable, exigía imperiosamente todo género de expansiones, y no puse tasa á sus



deseos, á sus caprichos y volubilidades. Nunca me mezclé en sus diversiones ni le tomé cuenta de sus pasos. (*Pausa*): ¿Ha pagado mis bondades? ¿Ha correspondido á mi nobleza y lealtad? (*Pausa*). Me apenas afirmarlo; mas lo cierto es que oculta algo muy grave. He empleado miles artificios para obligarla á confesar su secreto, y nunca se decide á hablar. Noto que sufre horriblemente, y no quiere, sin embargo, tomarme como confidente de sus hondas cuitas, cuando yo sabría llevar la calma á su atribulado espíritu circuido de angustias; cuando yo agotaría todos los medios para arrancar las punzantes espinas que laceran su corazón aflijido. (*Pausa*). No merecer la confianza de Lesbia? Qué dolor mas acerbo! (*Pausa*). ¿Temerá, acaso, que no sea un buen médico de su alma, que no sepa cauterizar sus cruentas heridas? (*Pausa larga*). ¿Habrá cometido algún feo desliz y preferirá morir antes que pedir perdón, antes de demandar gracias? (*Pausa*). Dios mío! ilumíname! Haz que logre descubrir el misterio impenetrable que sospecho. (*Pausa*). Lesbia no

me conoce bien, no sabe hasta donde llegan mi jenerosidad y clemencia. Aun en el caso de haber delinquido gravemente yo la hubiera absuelto sin reflexión, sin lucha alguna. Jamás podría erijirme ni en juez ni en verdugo de la que endulzó tanto mi vida con la miel de sus amores. (*Pausa*). Sí, Lesbia, (*con exaltación*) desecha temores infundados: ven á mí y descarga tu conciencia! No creo, no puedo creer que hayas sido frágil, que hayas manchado mi nombre; pero si en un momento de locura caiste en la espantosa sima del pecado de la carne has purgado suficientemente tu culpa. (*Pausa*). Tú has muerto para el mundo hace más de un año; tu clausura voluntaria, no impuesta por exigente autoritario confesor te rehabilita, te dignifica. (*Pausa*). Me resisto á creer que hayas sucumbido, que hayas pagado tributo al vicio, á trueque de un placer fugaz, breve. Habrás cometido errores simplemente, leves faltas que nadie puede condenar. (*Pausa*). Demasiado comprendía tu inclinación á oír lisonjas, á recibir homenajes. Me alhagaba que ce-

lebraran tu talento y hermosura en vez de enojarme. Tenía tan completa seguridad en tus virtudes firmísimas, sólidas que no me asustaban ni mortificaban las alabanzas prodigadas con tanta frecuencia. (*Pausa*). Por no habernos franqueado á tiempo ha surjido, talvez, lo que acabara tu existencia, lo que mina tu antes robusta salud. (*Pausa*). Agotaré hoy los recursos de mi cariño desmedido para rendirla, para obligarla á confesar la verdad. También estrecharé en firme al doctor Ríos para que me precise qué órgano tiene lesionado mi Lesbia. (*Pausa*). A quién abordaré en primer término? Si me interesa en grado sumo saber la oculta aflicción que socava á mi consorte, también deseo averiguar si mis pronósticos son exagerados: si está realmente amenazada por una de esas afecciones insidiosas que matan repentinamente. (*Pausa*). En buen aprieto estoy. No sé cual camino elejir para cerciorarme de ambas cosas. (*Pausa larga*). Veamos al doctor antes que todo. Sí; me interesa más indagar cómo está la salud de Lesbia, aunque la

curiosidad me expolea incesantemente al descubrimiento de los secretillos que esconde la pobre enferma. (*Pausa*). Quizás la misma enfermedad que la aqueja es la que ocasiona esa tristeza tenebrosa, sombría que se descubre y adivina en su semblante expresivo. En efecto: ¿quién quita que lo uno orijine lo otro? ¿Cómo no se me había ocurrido antes tan contundente argumento? (*Pausa*). Padecerá probablemente de hipocondría, y ésta enjendrará la gran melancolía que se refleja en sus facciones. Ojalá el Galeno que la asiste corrobore mi opinión. (*Pausa*). Sin embargo no estoy convencido ni satisfecho del todo. Hay algo en lo interior de mi organismo que me avisa, que me insinúa constantemente, que en ese mudo dolor de Lesbia hay algo trágico, alguna desgracia preparada por la mano inconsciente de la fatalidad. ¿Por qué esas advertencias previas que recibimos antes de estallar el mal que nos hiere y agobia? No existen ciertos fenómenos incomprensibles, inexplicables hasta hora, apesar del adelanto de las ciencias? La psicología cada día nos dá

nuevas verdades, empero no ha dicho aún la última palabra. (*Pausa*). No quiero meterme en disquisiciones alambicadas para deducir si antevemos, ó lo que es lo mismo, prevemos hechos que fatalmente suceden después, tales como los hemos soñado ó ideado. (*Pausa*). El espantoso enigma hay que descifrarlo sin más tardanza. Hoy sabré, positivamente, qué es lo que ocurre en mi hogar, y si me toca desempeñar papel importante en el sigiloso drama que conjeturo por instinto. Quizás podré restablecer las cosas en su primitivo estado y asegurar la paz y felicidad conyugales. (*Pausa*). Toda clase de sacrificios los haré espontaneamente, no obedeciendo á arrebatos pueriles de hidalguía, sino simplemente porque tengo corazón magnánimo, capaz de perdonar, como perdonó el sabio y humilde Nazareno, todas las injurias presentes y pretéritas. (*Pausa*). Si el mundo se burlara acremente de mi altruismo, de mi espíritu misericordioso, no me quitará el sueño con sus mofas sangrientas. Cumpla yo como hombre libre de odios y de estúpido orgu-

llo, y sentiré regocijada mi conciencia. (*Dicho con robusta entonación*). (*Pausa*). Los convencionalismos sociales no han sido hechos para mí. No oigo ni atiendo nunca á los fariseos cuando tengo que resolver algo que me dicta mi razón consciente. No me guío ni me guiaré jamás con el criterio de las mayorías cuando estoy convencido de que se falsea la verdad; cuando me penetro de que lo que se persigue es el predominio de las formas sobre el verdadero fondo moral; sobre lo que es lo verdaderamente humano. Mis juicios se ajustarán á la moral pura; á la predicada en los primeros tiempos del cristianismo, cuando se practicaba la doctrina abrazada con verdadera fé y realmente. (*Pausa*). El que no perdona las ofensas es un soberbio, un desalmado que no tiene derecho tampoco á que sus propios errores y delitos sean excusados. ¿Quién por debilidad ó por ceguera temporal, instantánea, accidental, no comete faltas que ocasionan á otros graves perjuicios? ¿Quién es tan puro y consciente que no ofende y daña al prójimo, que no

lo agravie y martirice con hechos ó con palabras? ¿Quién no ha cometido alguna infamia en su vida terrenal, propalando acusaciones injustas que afectan la fama y honra? (*Pausa*). En sociedad se vive murmurando, calumniando á toda persona que desagrade ó que estorbe. Cuando no se hiere de frente á la víctima es atacada entonces por la espalda, matando su reputación con imputaciones falsas, gratuitas ó inventadas. (*Pausa*). Oh, sí! Hay millones de seres en el mundo, y son muy contados los verdaderamente justos; los que no han hecho daño á nadie; los honrados de espíritu. (*Pausa*). Pues bien: ¿qué mayor gloria, qué mayor triunfo sobre mis frágiles pasiones humanas, que despreciar la ralea vociferadora de virtudes sin poseerlas, y absolver á mi infeliz cuitada compañera, cuando acaso su culpabilidad puede ser aparente, nada más? ¿No es siempre sospechoso el veredicto de la canalla de levita? (*Pausa*). Fortificaré mi resolución, ya que en mi análisis social he comprobado, nuevamente, que la gran mayoría de los mortales vive vida

hipócrita, cometiendo feos y horrendos delitos, y adjudicándose, indebidamente, el papel usurpado de jueces, apesar de su podredumbre y de sus reiterados é impertinentes desafueros. (*Pausa*). Nada tan grato, tan edificante como vivir en paz con la conciencia, en ser mejor perdonador benigno, pío, que pecador obcecado y sentenciador feroz. (*Pausa*). Atrás, prevaricadores asquerosos, cubiertos de nauseabunda lepra! Despreciaré, lleno de convicción, vuestras risas histéricas, vuestros ahullidos de lobos sedientos de sangre. No temo ni vuestros rujidos ni vuestros desautorizados veredictos, porque sois todos lejión de Tartufos abominables. (*Dicho con energía*).

## ESCENA SEGUNDA.

El Doctor Ríos y el mismo Luis.

LUIS.

A buena ahora. Casualmente pensaba ir donde usted.



DOCTOR.

Estoy á sus órdenes.

LUIS.

Quiero que ahora mismo me diga usted qué es lo que realmente tiene mi esposa. Por más que le he rogado, en diferentes ocasiones, que me hablara con toda franqueza, usted no ha querido nunca darme explicaciones claras y precisas que desvanecieran mis dudas, mis preocupaciones. Aunque no sé nada de medicina, bástame ver el estado agobiador de Lesbia para deducir que un mal grave la consume, la aniquila. Hora es de decir la verdad por espantosa que sea. No hay situación más terrible que la que se crea uno cuando vislumbra sucesos fatales, irremediables.

DOCTOR.

No he querido comunicarle mi diagnóstico, porque temía sufrir equivocación. A veces es imposible precisar ciertas dolencias disfrazadas que juegan con la ciencia. Mi papel ha sido la de un acucioso

observador y analizador, antes de emitir dictámen científico. Ciertos síntomas me confundían, y por eso no quise precipitarme y avanzar lo que talvez resultara infundado. (*Pausa*). Doyme ya cuenta del padecer de su esposa, y como me insta á que no guarde reservas diréle la verdad monda y lironda. Aunque la paciente no ha querido manifestármelo claramente, confesarlo sin ambajes, tengo la certidumbre de que en alguna circunstancia experimentó tan honda impresión ó conmoción, tan agudísima pena que, á manera de afilada daga, rasgóle una de sus principales arterias.

LUIS.

¿Qué quiere usted significarme al emplear tal figura retórica?

DOCTOR.

Tiene usted bastante talento y discreción para comprender bien lo que he dicho en sentido figurado.

LUIS.

Cómo? Es tan grave el mal que amenaza á mi Lesbia que no se atreve usted á decirlo sencillamente? (*Pausa*). Bien me lo decía el corazón! Nunca abrigué esperanzas! Su taciturnidad y profunda tristeza eran preludios de su pérdida.

DOCTOR.

No hay porqué alarmarse así. No niego que morirá probablemente; más no he dicho que se acerca la hora. Como me ha suplicado, repetidas veces, que no le ocultara nada, he creído oportuno preparar á usted á tiempo. Además, debe tener presente que los médicos no somos infalibles, y que solemos errar. Mi cautela, hasta ahora, obedecía al temor de engañarme. Por deber profesional es que le insinúo que su señora esposa está sentenciada, que los esfuerzos de la ciencia es probable resulten impotentes si no cambia de género de vida; si no observa fielmente las prescripciones facultativas. Puede vivir años y años, y caer herida



como por un rayo en un minuto. Lo que puedo predecirle es que su muerte será repentina, rápida, inesperada. Entiende mi diagnóstico?

LUIS.

Cómo no? Me ha externado ahora, con mucha claridad, su opinión. Es una aneurisma lo que amenaza tronchar la vida de Lesbia! De manera que cualquier impresión agradable ó desagradable puede reducirla á la nada? ¿Y cómo evitar que sus nervios se exalten, que su imaginación no siga elaborando pensamientos lacerantes?

DOCTOR.

La única medicina posible es la del reposo absoluto. Es necesario de toda necesidad que su cerebro descanse; que no siga torturándola con imágenes pavorosas y aterradoras.

LUIS.

¿Y cómo cumplir tal prescripción médica cuando ella oculta su fatigante labor

intelectual? Su silencio es lo que la envenena lentamente. Si me hubiera comunicado sus amarguras, el mal no habría ahondado tanto; habría disminuido su intensidad. Persiste y persistirá en reconcentrarse, en castigarse á sí misma, silenciando sus roedoras penas que la despedazan, le comen las entrañas; todas sus vísceras importantes. Mas que la sangre almacenándose en un punto de su organismo físico, la devora su aflicción sin precedentes, su martirio voluntario. (*Pausa*). Morirá de asfixia moral. (*Pausa*). La conozco muy á fondo, doctor, y sé que entregada por completo á expiaciones inflexibles, para limpiarse de supuestas manchas, expresamente se deja aniquilar, lo que equivale á un lento suicidio. Sí; ella contribuye á que todos los jérmes vitales perezcan, y por tanto nada hará por detener ó contener la enfermedad que la asedia y hostiliza.

DOCTOR.

Entonces posee usted la clave que en vano quería yo hallar para orientarme mejor.



## LUIS.

No tengo datos positivos; colijo ó supongo que á oídos de mi esposa probablemente llegaron especies infames, groseras, brutales, que le causaron angustias deprimentes, aplastantes. (*Pausa*). Un autor escribió la sugestiva novela intitulada «Tisis del corazón». Creo, apesar de lo que afirme la ciencia, señor Doctor, que mi esposa no muere de aneurisma, sino de extenuación moral. (*Pausa*). Sucumbe por propia voluntad; porque horrorizada de traiciones menguadas, quiere irse á otros mundos mejores.

## DOCTOR.

Cada vez comprendo, mejor, por las frases empleadas, lo que ha sucedido. Inquestionablemente su esposa ha sido víctima de una odiosa calumnia. En otro temperamento no habría causado tantos estragos. Hay, pues, que armonizar una cosa con otra. La causa moral influyó poderosamente en el desarrollo de la afección; mas también es cierto que sus

arterias estaban constitucionalmente predisuestas. La diátesis es innegable en este caso patológico.

LUIS.

¿Me aconseja usted que con ciertas precauciones convenza á mi esposa? ¿Puedo quitarle de la cabeza su idea fija? ¿Debo probarle que creo en su fidelidad, y que desprecio á sus calumniadores?

DOCTOR.

Opino que es sumamente peligroso todo eso. Su vivir es ficticio. Cualquier emoción intensa la haría cadáver. Precisamente el problema es evitarle sensaciones fuertes, bruscas, de cualquier índole, porque ocurriría instantáneamente la extravasación sanguínea. (*Pausa*). Vida inerte, vida pasiva requiere su organismo, ya que sabemos su grave mal. El menor choque, el menor esfuerzo la arrancaría de entre los vivos.



LUIS. (*En tono quejumbroso*).

Qué conflicto! qué situación tan extraordinaria la que tengo que atravesar! (*Pausa*). Ver morir, lentamente, á mi idolatrada compañera y no poder endulzar su agonía; no prodigarle ternezas! Sabiendo la causa de su suicidio me está vedado gritarle que creo en su inocencia; que estoy satisfecho de su fidelidad! (*Pausa*). Dudo que en otros matrimonios haya resultado un caso semejante. Lleno de fé y de amor el esposo, y sin embargo tiene que sellar sus labios para que las fieras Parcas no sieguen ese lirio de pureza, esa anjelical criatura.

DOCTOR.

Carezco de la sabiduría necesaria para prolongar la existencia de su leal compañera. Tampoco tengo bastante elocuencia para consolarlo, para dulcificar el acerbo dolor que le flajela. (*Pausa*). Jamás, en mi larga carrera profesional, he presenciado un caso tan raro y extraño. La ciencia no solamente tiene que cruzar-



se de brazos, sino prohibir, terminantemente, que se ensaye el remedio heróico. No me atrevo á ordenar que se toque la llaga; no puedo consentir en que usted trate de convencer á su esposa, como medio curativo, porque sería acelerar el proceso de su existencia, y enviarla á la eternidad.

LUIS.

¿Entonces no queda más recurso que dejar que el drama llegue á su desenlace fatal, por sí solo, sin intervención mía? ¿Seré mero espectador?

DOCTOR.

Las circunstancias exigen de usted tal conducta, sacrificio tal. Será aplaudido por todas las personas justas y sensatas.

LUIS.

Mi razón aún no se ha extraviado. (*Pausa*). Otras habrían tomado el atajo, como se dice corrientemente. (*Pausa*). No quiero imitar á los demás. Puesto

que un conflicto tan especial ha surjido ante mí, debo sobreponerme á mis debilidades humanas. Animo y resignación me acompañarán hasta el fin. (*Pausa*). No nací, ciertamente, para cometer heroísmos, pero mi temperamento y mis ideas pueden sostenerme en estos momentos difíciles; en esta increíble y obligada lucha con mis sentimientos amorosos.

#### DOCTOR.

Es usted un ser privilegiado. No todos poseen esas enerjías para el sacrificio de sus propias pasiones. Me despido confiado en que usted sabrá desempeñar su heróico cometido. (*Pausa*). A todo trance hay que evitar conmociones á Doña Lesbia para que siga viviendo, siquiera como vive hasta ahora. (*Sonriéndose*). Siempre gozará usted algo contemplando sus nobles y bellísimas facciones, porque los sufrimientos no han logrado eclipsar sus gracias. Hoy es mucho más espiritual su hermosura, y mucho más digna de ser admirada por su dueño y señor.

LUIS.

El elogio que hace usted de mi Lesbia sírvenme de bálsamo consolador. Si es imponderable sacrificio tener que callar, disimular la infamia presentida, siempre será inmensa dicha ver constantemente los seductores rasgos de su idolatrado rostro. Me haré la ilusión de que es estatua de alabastro la que me ha tocado en suerte! Ni en los mejores modelos griegos hay más euritmia que en ese busto viviente.

DOCTOR.

Esa es la mejor solución del problema. Que el marido se convierta en un mero artista; que sus miradas se extasíen ante el ídolo; que el amor se transforme de manera tan cabal y completa que se mantenga sólo de ilusiones, de abstracciones. (*Pausa*). Hay que cultivar el platonismo, si desea que tan delicada flor no se marchite y languidezca en breve espacio de tiempo.



LUIS.

Comprendo la metáfora, bravo doctor, y la cumpliré exactamente. (*Pausa*). Jamás busqué groseras complacencias en mis relaciones conyugales, sino un corazón que latiera al unísono con el mío. Daría toda mi sangre y fortuna por obtener que la vida de Lesbia se prolongara luen- gos años. Ya que es imposible ésto trataré de que ningún nuevo pesar, ninguna fuerte emoción, acelere su muerte.

DOCTOR.

Repítole que confío en la rectitud de sus propósitos. Hasta la vuelta, pues.

LUIS.

Adios, doctor. Gracias mil por los consejos prodigados.

DOCTOR.

Estoy siempre á las órdenes del cliente y amigo. (*Se dan las manos y váse el doctor*).



## ESCENA TERCERA.

LUIS, (*después de dar algunos paseos*).

Es superior á mis flacas fuerzas la circunspección que debo adoptar. Cómo se encadenan las cosas! ¿Quién creería que una simpleza, que un soez dicho, forjado en un momento de ociosidad, tomara proporciones tan enormes y tan destructoras? (*Pausa*). Las pequeñas causas producen siempre grandes afectos. La verdad de este aforismo es innegable. (*Pausa*). Héme aquí metido de hoz y coz en un complejo conflicto el cual no puedo destruir ni neutralizar siquiera, porque la vida de mi esposa corre riesgo inminente. Tengo que abreviar amarguras; tengo que paladear repulsivas hieles con la resignación de los mártires. (*Pausa*). ¿De qué me sirve tener sangre ardiente, corazón esforzado que no tiembla ante los peligros si las circunstancias me obligan á sofrenar mis ímpetus belicosos y pasionales; si las circunstancias me constriñen á disfrazar mis iras, mis rencores, mi sed

de venganza? (*Pausa*). Tendré forzosamente que hacerme el ignorante, el que nada sabe ni sospecha, para que un arrebató mío no dé al traste con la efímera salud de mi consorte. (*Pausa*). Seré consecuente conmigo mismo. Debo perdonar y perdonaré á todos los causantes de la desgracia que me amenaza. (*Pausa*). En el fondo los más culpables no han sido los inventores de la difamación, sino los que so pretexto de buena amistad han vaciado y comunicado á Lesbia la especie echada á circular por unos cuantos malandrines. Todos, pues, han contribuido á la formación del drama pavoroso; todos, amigos y extraños han sido victimarios implacables; los unos con su malignidad y los otros con su estúpida indiscreción. (*Pausa*). No es oficiar de verdadero amigo el sembrar desconfianzas y recelos, hacerse eco de murmuraciones nefandas y notificárselas á la víctima para que no las ignore. Quien tal hace merece la horca ó el vilipendio de las personas sensatas. (*Pausa*). No me cabe duda de que Lesbia fué instruida maquiavélicamente, por sus

más íntimos amigos, y desde entonces comenzó su suplicio. (*Pausa*). Alma sencilla, delicada, ha creído meritorio huir de la sociedad, aislarse, reconcentrarse en sí misma, y tal exceso de rigurosidad la ha rendido y aniquilado. (*Pausa*). El Doctor asevera que su temperamento estaba predispuesto á contraer la insidiosa enfermedad que la atosiga; empero ratifico mi criterio anterior. Creo que las funestas é inoportunas indiscreciones de sus falsas amigas han acabado con su moral; han producido en ella esa especie de agonía que se nota desde entonces, y que en vano trata de ocultar, de esconder, porque es visible y legible. Hay señales evidentes, inequívocas. Yo adiviné la gravedad de su mal desde muy temprano. Siento pasos. ¿Será ella?

## ESCENA CUARTA.

Luis y Lesbia, vestida ésta con una bata sencillísima y el pelo suelto.

LESBIA.

Estuvo aquí el doctor Ríos?

LUIS.

Sí estuvo unos minutos.

LESBIA.

Sería muy interesante la conversación, porque duró casi media hora.

LUIS.

¿Le viste, entonces, entrar y salir?

LESBIA.

Sí. Casualmente me asomaba al balcón cuando penetraba en esta casa Ríos. Creyendo que iba á visitarme estuve aguardándolo en mi cámara. Al notar la tardanza sospeché que no había venido á



verme, si no que contigo era la conferencia por lo visto.

LUIS.

Te equivocas de medio á medio. Apenas entró quería marcharse, pero lo retuve y charlamos, sobre política y otros temas importantes. No vino, no, á conferenciar como dices.

LESBIA.

No quiero discutir nada. Lo sospechoso es que sabiendo como estoy de salud viniera aquí y no me visitara, por pura fórmula.

LUIS.

Tienes razón, empero acuérdate que cuando el doctor se enfrasca en un tema de su predilección se olvida de sus clientes y de María Santísima (*souriéndose*).

LESBIA.

Estás empeñado en disculpar al doctor y has hecho hasta una frase chistosa

para convencerme de mi error. En vano tratas de disimular lo que ha pasado hoy. Apesar de tu sinceridad habitual hay algo en tu rostro que me choca, que me intriga. (*Pausa*). La visita del doctor no ha sido casual. Tú lo llamaste á consultas, y sus pronósticos te han alarmado. No es cierto? ¿Me juras que nada te ha dicho de mi estado de salud?

LUIS.

Jamás he sabido guardar reservas contigo; siempre te he comunicado todos mis pensamientos y secretos. Dejaré, por tanto, á un lado la diplomacia y te diré la verdad. (*Pausa*). Ciertamente Ríos me habló de tí; pero después de estrecharlo mucho, porque hasta ahora no se había franqueado.

LESBIA.

¿Y qué te dijo? (*Pausa*). No me escondas nada. Quiero saber su opinión facultativa. Nunca ha querido explicarme nada; pero á tí te habrá dicho la verdad.

## LUIS.

Me ha asegurado que no es cosa de cuidado si observas un riguroso régimen: el reposo absoluto. Dice Ríos que es forzoso que no te entregues á reflexiones hondas, á sutilizar, á mortificarte tu espíritu investigador y analizador. Sostiene enérgicamente que la mejor medicina para curarte, ó detener el mal que te amenaza, es abstenerte de pensar; ni cavilar ni divagar. Esa especie de gimnasia intelectual á que te entregas hora por hora es fatalísima, asesina, deprimente. Quiere que el reposo no sea tanto físico como mental. Entiendes claramente lo que desea obtenerse de tí?

## LESBIA.

¿Y cómo impedir que mi imaginación no funcione? ¿Cómo prohibir al cerebro que no siga recibiendo todas las sensaciones y elaborar los juicios que necesariamente tiene que emitir á cada instante? (*Pausa*). La persona acostumbrada á pensar, á soñar, no puede abandonar tal distracción.

LUIS.

No soy yo el del consejo y mandato, sino el representante de la ciencia médica.

LESBIA.

Ya lo sé, mas es imposible renunciar á mis benditas reflexiones, que me consuelan y fortifican.

LUIS.

El mal está precisamente en el abuso que haces de tus facultades mentales. Tus constantes y pertinaces cavilaciones provocan cierta debilidad y postración nerviosa que te matan. Estás agotándote, como fuente poco fecunda á la que se le extrae más aguas de las que concibe en su seno cuasi exhausto. Entiendes la parábola?

LESBIA.

No se necesita ser muy lista para comprender al punto tu idea. Me insinuas que yo misma cavo mi sepultura, que de

tanto ahondar vienen mis quebrantos, mi ruina física.

LUIS.

Eso mismo ha dicho el doctor. Y ahora que es la propia ciencia la que ha hablado y profetizado, supongo que no echarás en saco roto sus sabias advertencias, abonadas por la experiencia.

LESBIA.

Tendría, antes, que cambiar de naturaleza. Sería preciso, entonces, que clausurara mi imaginación; que se me administraran narcóticos tales que anularan la facultad de sentir.

LUIS.

Remedios semejantes no pueden propinarse á cada rato; resultarían peor que la enfermedad. (*Pausa y después con dulzura*). Yo apelo á tu buen juicio, á tu clara razón para que secundes el plan curativo prescrito. Quiere el Doctor, si no rehacer tu desmedrado organismo, por lo



menos ponerlo en condiciones de resistencia, á fin de que la insidiosa enfermedad que te acecha, que te atisba con saña cruda y feroz se bata en retirada, ó se vea constreñida á conceder larga tregua salvadora. Dominando tus nervios impresionables, tus órganos sensorios; apaciguando tu espíritu completamente; no elucubrando ni puerilidades ni nada profundo, fácil es obtener inesperada victoria contra el terco enemigo que te acosa. (*Pausa y enseguida con ternura amorosísima*). Vuelve, Lesbia mía, á tu infancia inocente! Deja en descanso ese cerebro torturado. Nada de vijilias; nada de meditaciones batalladoras! Hazte la cuenta de que cada idea creada es agudo puñal que te asestas voluntariamente en el corazón, y que llegará, por tanto, el momento en que con tantas cruentas y reiteradas heridas, no podrá él seguir evolucionando, respirando.

#### LESBIA.

Fácil es aconsejar y recetar. Lo difícil es que logre transformarme, obtener

que mis funciones cerebrales se paralicen. No me forjo ya ilusiones! (*Con cierta amargura de voz*). Sé que pronto pagaré mi tributo á la madre tierra. . . (*Pausa*). Estoy preparada ha tiempo á rendir cuentas de mis actos al que todo lo sabe; al que diariamente anota nuestras faltas y errores por leves que sean.

LUIS.

¿Qué me dices, Lesbia de mi alma? ¿Me pronosticas, me vaticinias tu ida eterna, tu temprana separación? (*Con dolor irreprímible*). ¿Por qué abrigar tan funestos presajios? (*Pausa*). Tén ánimo, recobra tu vigor y alegría primitivos, característicos. (*Pausa*). Vuelve á tus antiguas diversiones. Prodigas el oro abundantemente, siempre que vuelva á ver en tu rostro aquella sonrisa placentera que me llenaba de júbilo. (*Pausa*). Me apena que hayas convertido esta casa en un claustro sombrío, en una especie de Tebaida tenebrosa. (*Pausa*). Yo jamás censuré tus iniciativas, tus gustos, tus libertades. ¿Por qué has cambiado de rumbo? ¿Por qué has

renunciado á todo para entregarte á un aislamiento infecundo y asfixiante. (*Pausa*). Desde hoy mismo deseo verte ataviada, contenta, visitando los sitios preferidos por tí. Talvez la locomoción y el trato social lograrán distraer tus penas, tus preocupaciones constantes. (*Pausa*). Si quieres complacerme vuelve á la sociedad, si no con la frecuencia anterior, por lo menos cada vez que te veas obsediada por tristezas abrumadoras. (*Pausa*). Renuncio, desde ahora y para siempre, al deseo ó curiosidad de inquirir la causa de tu melancolía rara, de tu ensimismamiento inexplicable. No me inquieta ni desasosiega tu misteriosa aflicción; lo que si me atormenta mucho es ver que no quieres tornar á los salones ni á ensayar esparcimientos. (*Pausa, con voz trémula y dulcísima*). ¿Me juras que por verme feliz y satisfecho serás la Lesbia de otros días?

LESBIA. (*Con muestras de fatiga visible*).

No puedo prometer lo que no me es dable cumplir. Hoy soy otra mujer, otra



persona distinta. No me explico yo misma cómo ha ocurrido tal cosa. (*Pausa*). A veces una idea fija, inmutable, tiene la virtualidad de volvernos al revés. (*Pausa*). Esto es lo que me ha pasado con la consiguiente sorpresa. (*Pausa*). Comprendo que fué una tontería, una debilidad imperdonable creerme perdida para siempre por una propaganda insensata é injusta. Fué, empero, tan fuerte, tan insólita la impresión recibida, que sentí como que algo se desgarraba en lo íntimo de mi ser. (*Pausa*). Todavía recuerdo la sensación dolorosísima que sufrí en aquellos crueles segundos; cuando hipócritas amigas mías apelaron al oficioso recurso de aconsejarme, y me transmitieron horrible noticia infame. (*Pausa*). Cuando me dí cabal cuenta de que la honra más pura puede ser puesta en duda, la indignación y la vergüenza descargaron tan rudo y mortal golpe que fué á reflejarse, á localizarse en algún punto de mi cuerpo. Algo como débil estallido; algo que se rompe súbitamente lo percibí tan bien como si lo hubiera visto con mis propios ojos. (*Pau-*

sa) Después (*con voz casi apagada*) vino una postración, un sopor del cual salí lentamente, y del todo transformada. (*Pausa*). He querido reaccionar; he tratado de volar; mas me he convencido de que perdí no sólo las alas, sino también la vida en tan mortal lucha. (*Pausa*). Las que quisieron darme sanas advertencias me hirieron tan despiadadamente, que desde entonces no soy sino un cadáver que anda y habla. Mi corazón ha muerto para todos los goces y alegrías. (*Pausa*). No puedo ya encontrar nuevos encantos en la vida. Por eso me resigno á dar un adios al mundo pérfido, que se confabuló para destruir y aniquilar á un alma apasionada, sí, pero inocente y sencilla en el fondo.

LUIS, (*lleno de ira*).

Lo que presumía era cierto! (*Pausa*). Has sido víctima de una mentira grosera é inicua. ¿Pero por qué no recurriste á tu esposo? ¿Creiste, acaso, que iba yo á formar causa común con tus detractores? (*Pausa y con tono amargo*). Qué mal me

conoces! Yo hubiera tenido suficiente coraje para arrancar esas tantas lenguas viperinas y echárselas á los inmundos canes, para que las devoraran con felino deleite. (*Dicha la última frase con valentía y calor*).

### LESBIA.

Jamás dudé de tu jenerosidad ni de tu amor sin límites; fué, sinembargo, tan absorvente, tan tiránica mi pena angustiosa que no tuve valor para nada. (*Pausa*). Comprendo ahora, bien tarde, por cierto, que no debí ser tan excesivamente cobarde, tan mansa y humilde, sino que me correspondía rebelarme contra la injusta sentencia recaída y hacer respetar mi honra no mancillada. (*Pausa*). Después de tan largo desmayo de mi voluntad, estoy sin fuerzas, exánime. Cualquier movimiento me hace desfallecer. (*Pausa*). No me engaño: la proximidad de mi muerte es cierta y positiva. (*Pausa*). Demasiado ha luchado mi castigado cuerpo con la enfermedad que me persigue y amenaza.

LUIS.

No digas tal, Lesbia. Para tí comenzará nueva existencia. En este momento de verdadera lucidez has hecho un examen de conciencia exacto, y has comprendido que solamente por cobardía lamentable has tolerado que inmerecida pena taladrara tu corazón. (*Pausa*). No solamente creo en tu fidelidad absoluta, sino que hubiera castigado sin piedad á tus calumniadores. ¡Oh, sí! Yo hubiera descuartizado, triturado á los malditos destructores de tu honra. (*Dicho con cólera*).

LESBIA.

Calla, esposo mío. Hora es ésta de perdones y no de represalias. Me voy: créelo! (*Pausa*). Con sólo referir incidentalmente lo que me hizo retraer y huir del mundo traidor se han renovado mis incicatrizables heridas.

LUIS.

No puedo creer tus vaticinios funestos! Es imposible que Dios se lleve cria-

tura tan noble y pura. Vivirás para que me colmes de felicidades.

#### LESBIA.

No creas tal! Ya no me pertenezco... Esta será nuestra última conversación, y por lo mismo te ruego olvido completo, completa absolución. Nada de venganzas inútiles y estériles. Una moribunda te dicta su testamento. (*Pausa*). Cúmplole, si eres albacea fiel. (*Pausa*). Mis lijerezas juveniles las he purgado suficientemente. (*Pausa*). Yo también fuí culpable, en cierto modo, porque presté oído constante á las lisonjas, y finjía, á veces, por puro divertimento, que me interesaban los que me las prodigaban. (*Pausa*). Una mujer de absoluta moralidad, de ríjidos principios éticos debe huir á la galantería cuando no se pertenece; cuando tiene legítimo dueño.

#### LUIS.

Que una mujer se complazca en las loas á su belleza no es hecho pecaminoso.

so. (*Con convicción profunda*). Solamente los espíritus estrechos, menguados, pueden sufrir la mortificación de los celos porque sea admirada y celebrada su compañera de tálamo.

LESBIA.

Dices eso para disculpar mis pequeños extravíos, y acaso por lo mismo que sabes mi ida á la mansión celestial.

LUIS.

Te repito que siempre he alimentado opinión tal. La prueba más palmaria es que nunca te hice la menor alusión á tus aficiones.

LESBIA.

Cortemos la disputa. (*Pausa*). Bien mirado mis coqueterías eran propias del sexo. Las armas únicas de las mujeres son las de la seducción. La sociedad misma y la naturaleza también se las suministran con abundancia. (*Pausa*). Querría ver hoy á mis antiguas amistades.

(*Pausa*). Ya que se ha extinguido en mí todo odio y rencor desearía abrazarlas por última vez. Es más: querría, si fuere posible, que presenciaran mi agonía.

LUIS.

¿Insistes en que morirás? ¿De dónde sacas eso?

LESBIA.

¿Acaso no se yo, mejor que médico alguno, que me estoy consumiendo, que me extingo cual lámpara falta de aceite? (*Pausa*). Haz mi voluntad! Que vengan mis amigas. . . Para todas dejaré recuerdos cariñosos. Quiero pagar con presentes el daño irreparable que me irrogaron. (*Pausa*). No hubo maligna intención de herirme ni de matarme. Si sucumbo, es porque estaba decretada mi partida, mi pérdida allá, arriba! (*Indicando el cielo*).

LUIS.

Aunque aflijido en extremo, realizaré tus deseos santos. Ahora mismo escribi-

ré á todos para que vengan á visitarte.  
(*Va á retirarse*).

LESBIA.

No, Luis mío; no me abandones ni un segundo; no me dejes sola.

LUIS.

Cielos! qué dices? ¿Te encuentras más grave? ¿Qué sientes? No me asustes con tus aprehensiones. (*Pausa*). Es imposible que estando tan joven y hermosa te vayas tan repentinamente.

LESBIA.

Luis de mi alma, no son aprehensiones; no es miedo lo que experimento. . . Mi congoja es fatalmente positiva. . . Estoy casi expirando. . .

LUIS. (*Con las manos en la cabeza*).

Voy á mandar en busca del Doctor Ríos.

LESBIA.

Es inútil, no molestes al señor doctor. Con y sin él me muero dentro de unos minutos.



LUIS.

Pero él sabrá darte cordiales y tónicos que triunfen de esa mortal angustia que te ha atacado. Déjame acudir á la ciencia, á todo trance.

LESBIA.

Cederé por complacerte. No te separes de mí. . . Envía criados á solicitar la asistencia del doctor. (*Pausa*). En cuanto á mis amigas abandono mis deseos. . . Ellas velarán, hoy mismo, mi cadáver. (*Luis ajita un timbre violentamente.*)

## ESCENA QUINTA.

Se aparecen criados.

LUIS.

Corran en todas direcciones y traigan al doctor Ríos. Díganle que la señora se ha agravado; que no tarde en llegar.

## UN CRIADO.

Cumpliremos sus órdenes al punto.

LUIS.

Enganchen un coche ó ensillen caballos para que llenen mejor la diligencia.

OTRO CRIADO.

Está bien, señor. (*Vánse los criados*).

## ESCENA SEXTA.

Luis acude donde Lesbia y le toma las manos.

Todavía se sienten pulsaciones. Apesar de tus augurios creo que pasará ese malestar que tanto te alarma.

LESBIA, respirando con dificultad.

Te equivocas, Luis mío. . . Cada vez se acentúa más mi gravedad. Respiro ya con di. . .fi. . .cul. . .tad. . . Sien. . .to mu. . .



cho. . . pe. . . sar. . . Me aho. . . go. Me. . .  
 voy. . . Adios. . . (*Le entran convulsiones  
 y queda ríjida*).

LUIS. (Cierta pausa).

Vuelve en tí, Lesbia. Eso no es más  
 que un ligero desmayo. (*La asculta un rato*).  
 (*Pausa*). ¡Pero si no respira! ¿Ha muer-  
 to? (*Pausa larga*). ¿Te has ido? (*Pausa*).  
 Pues espérame!! (*Pausa*). Iré á buscarte  
 cuando haya obligado á tus detractores  
 confesar su feo y odioso delito; cuando  
 todos, á porfía, proclamen tu inocencia;  
 cuando tu memoria quede vindicada y  
 exultada!

(Cae el telón).



BNPHU



33509-10

